

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LA TERNURA DE DIOS, ÉL ES TU PAPÁ Y QUIERE SER TU
AMIGO**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

San Francisco de Padua.
Beata sor Ana de san Bartolomé.
Santa María Magdalena de Pazzi.
Santa Mariana de Jesús.
Beata Inés de Benigánim.
Santa María Francisca de las cinco llagas.
Melania Calvat.
Marie Julie Jahenny.
Mística María Marta Chambón.
Mística Yvonne Aimée de Malestroit.
Mística Luisa Picarreta.
Padre Juan Bautista Reus.
Mística Teresa Musco.
Mística María Luisa Zancajo de la Mata.
Mística Natuzza Evolo.
Santa Verónica Giuliani.
Canción.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

En la actualidad son muchas las personas que suelen relacionar a Dios con la prohibición de muchas cosas que nos gustan, y con la obligación de hacer otras cosas que nos resultan pesadas y desagradables. Mucha gente lamentablemente piensa que Dios es una amenaza, una censura constante, un juez implacable que crea sentimientos de culpa, de inseguridad y de miedo al ver pecados en todas partes.

¡Pareciera que estuviera siempre vigilándonos, amenazándonos con castigos, no dejándonos disfrutar de las cosas agradables de la vida! Y un Dios así parece más un ogro que un Padre, una desgracia más que una fuente de felicidad. Y encima de todo, le achacan que sea el responsable de tanto dolor que existe en el mundo, que en lugar de vernos como hijos, nos ve como esclavos, que deben someterse a gusto o disgusto a todas sus disposiciones. La verdad es que esa clase de Dios solo crea rechazo en muchos que creen que es así como algunos se lo han presentado: un Dios castigador, enemigo de la felicidad humana y vigilante dispuesto a castigar hasta las mínimas faltas. Y, sobre todo, no solo en esta vida terrenal, sino para muchos de los rebeldes por toda la eternidad en un infierno, creado especialmente para ellos, un infierno eterno, del que no podrán salir por más arrepentimientos o peticiones de perdón que quisieran hacer.

Muchos seres humanos creen que Dios ha creado el mundo solo para divertirse, viendo nuestras luchas y guerras, avances y retrocesos en los caminos de la vida sin ningún sentido. Como si los hombres fueran marionetas creadas para disfrute y gusto del Dios omnipotente, Señor del universo. Se preguntan ¿cómo es posible que, si Dios es bueno, como dicen, pueda permitir que existan seres creados por él, que sufren lo increíble en esta vida y puedan después sufrir eternamente sin posibilidad de redención posible?

Todo esto lleva a pensar a muchos que las Instituciones o religiones creadas para obedecer a Dios y someterse a sus mandatos sean rechazadas por sentir todas esas organizaciones y gente a su servicio como amenazas a su libertad y felicidad. Ciertamente, muchos ven a Dios y sus Instituciones como verdaderos rivales de la felicidad humana, pues son ellos los que difunden las prohibiciones, censuras y amenazas a quienes no cumplan esa voluntad todopoderosa de Dios.

Dicen: ¿Cómo vamos a hablar ahora que Dios es un Padre bueno que nos ama, que nos ha creado por amor y que respeta nuestra libertad? ¿Con qué derecho vamos a hablar de que Dios nos quiere como a verdaderos hijos y no como a esclavos de su propia voluntad? ¿Es posible hablar de Dios como un

amigo cercano y un Padre que se acerca a nosotros y juega con nosotros y nos habla y nos ayuda cuando se lo pedimos? ¿El Dios omnipotente puede rebajarse a besar a sus hijos humanos y sentirse feliz de verlos felices?

En este libro vamos a hablar de Jesús, la presencia visible de Dios todopoderoso, que nos demostró su amor, haciéndose como uno de nosotros y sufriendo como el que más y muriendo para demostrarnos su amor. ¿Alguien puede dudar ahora de que Dios nos ama? Si no hubiéramos tenido el conocimiento de Dios por medio de Jesús, quizás pudiéramos dudar de su amor como hacen los que no lo conocen de verdad. Podrían decirle a ese Dios todopoderoso: ¡Qué bien te lo pasas en el cielo en compañía de tus esclavos humanos, mientras nosotros en la tierra estamos sufriendo sin posibilidad de redención! Pero ahora no se lo podemos decir, ya que nos ha dado la mayor prueba de amor: morir por nosotros para salvarnos y hacernos felices eternamente.

Además, Dios nos ha creado por amor, no por el placer de vernos sufrir, sino para hacernos madurar en vista a la felicidad eterna que nos tiene preparada. Eso muchos no lo entienden. Dios no impone mandatos que quitan nuestra libertad y felicidad. ¿Qué diríamos de una madre y un padre que le dijeran a sus hijos: Vosotros, a partir de ahora, sois libres, disfrutad todo lo que podáis, porque nadie os pedirá cuentas, Dios no existe y, si existe, no le importa lo que hagáis, porque de todos modos hará lo que quiera con vosotros. No le importa que seáis buenos o malos. Ahora pensemos: Esos hijos que se creen libres para ser felices no quieren trabajar ni estudiar ni esforzarse por nada ni por nadie y solo piensan en gozar de la vida: droga, alcohol, sexo, pornografía, robos, asesinatos... Todo vale para ellos con tal de que puedan conseguir sus deseos de tener dinero y todos los placeres deseables. Esos padres, ¿serán buenos padres por haber querido que sus hijos fueran libres y felices a su manera?

Dios es un Padre bueno y amoroso, nos ha creado por amor y nos ha querido libres y felices, pero sabe que, buscando solo la felicidad terrena de los placeres humanos, caeremos en un desastre total, en una ruina vital y en un vacío existencial, que nos hará precisamente esclavos de los placeres e infelices totales, que nos harán violentos y crueles con los demás. Con muchos así, el mundo será un mundo de sufrimiento y violencia sin igual. Ahí tenemos algunos ejemplos en un mundo ateo, como los países comunistas o en países gobernados por personas sin Dios como Hitler y otros.

Y eso no quiere Dios. Nos ha creado para ser felices eternamente. Esta vida es un examen para la eternidad, una oportunidad que Dios nos da para madurar a través del esfuerzo y sacrificio, para crecer en el amor a Dios y a los demás en vistas a la eternidad. Dios no nos impone sumisión a sus mandatos,

sino que nos da consejos para no caer en la infelicidad completa en este mundo. Es como si fuéramos por una carretera desconocida para llegar a un destino feliz que está a 10.000 kilómetros de distancia. Si no hubiera señales de tráfico en esa carretera con muchas vías entrecruzadas, sería muy difícil llegar a nuestro destino sin saber dónde descansar, sin conocer los lugares exactos para llenar el tanque de gasolina o para sortear los peligros de ladrones, de derrumbes, de ríos que atravesar y de personas a quienes preguntar, sin tener un guía de confianza.

Pues bien, Dios como Padre, nos ha puesto señales de tráfico en esta carretera de la vida para facilitarnos el viaje. Algunos ven esas señales o mandamientos como limitaciones de su libertad. Es como si dijeran: ¿Quién ha puesto aquí esta señal de *curva a la derecha* o *curva a la izquierda*? A mí nadie me impone lo que tengo que hacer. Y para sentirse libres, en vez de ir a la derecha, como dice la señal, se van a la izquierda y se van al barranco. ¿Qué diríamos? ¿Ha actuado libremente por no seguir las señales de tráfico? ¿No es más libre el que sigue las señales que ha puesto alguien que conoce los peligros y avisa para que no caigamos y arruinemos la vida con vicios que nos esclavizarán?

Dios ha creado un mundo hermoso para los seres humanos, quería que fuéramos felices sin tener sufrimientos ni enfermedades ni muerte ni dolor, pero todo se trastocó por el pecado de nuestros primeros padres. Sin embargo, Dios sigue amándonos igual, pero ha cambiado las reglas y ha permitido que tengamos enfermedades y sufrimientos en vistas a madurar nuestra existencia de cara a la eternidad, ya que el sentido de la vida está en el amor. Hemos sido creados por amor, los ladrillos de nuestro ser están hechos de amor de Dios, nuestra vida entera es un obra de amor, pero Nuestro Padre Dios nos pide esfuerzo, trabajo y sacrificio para conseguir la meta del cielo. Nadie ha sido creado por azar o por casualidad. Nadie es creado para ser fotocopia de otro. Cada uno es un ser personal e individual, libre y eterno. Nos ha creado para vivir eternamente y para que seamos libres y nosotros decidamos nuestro futuro, dándonos a conocer a través de la conciencia en muchos casos lo que debemos o no debemos hacer para ser felices. La conciencia y las normas de la Iglesia son señales de tráfico, no lo olvidemos, son consejos del Padre celestial para que consigamos la meta final y la felicidad eterna.

Cierto que algunos no creerán ni aceptarán los consejos de nuestro Dios, preferirán hacer su "santa" voluntad, quieren ser felices a su manera y ellos mismos se crearán su propio infierno en este mundo y por toda la eternidad.

Dios nos quiso libres y quiso correr el riesgo de que muchos lo rechazaran y no aceptaran su consejos de amor. Por eso él, al final de la vida, cuando uno le diga: *No te quiero, te odio, quiero vivir a mi gusto para siempre*, él le dirá

humildemente y sin imposiciones: *Hijo mío, si no me quieres, respeto tu libertad, vive como tú quieras, no quiero obligarte a ser feliz a la fuerza en mi reino donde todos se amarán y donde reinará el amor y la felicidad. Si tú prefieres el mundo de los demonios, del desamor, de la crueldad, de la violencia y la maldad, como has querido vivir ya en esta vida, que se haga tu voluntad. Lo siento por ti, pero te he creado libre y te respeto.*

Dios no ha creado ningún infierno para los que no acepten su amor, el infierno se lo crean ellos mismos al no querer vivir con Dios y preferir la compañía de los demonios y de otros como ellos. En cambio a los que lo acepten, al final, si no van directamente al cielo, les dará la oportunidad de purificarse en un estado de purgatorio, en el que podremos ayudarlos con nuestras oraciones. Sí, sufrirán al conocer cuánto han hecho sufrir a otras personas y cuánto han rechazado las inspiraciones de Dios, pero este tiempo de purificación será limitado según sus antecedentes, pero con la seguridad de que tarde o temprano serán eternamente felices con Dios y los santos y los ángeles en el cielo.

En este libro quiero presentar a Dios en la persona de Jesús, un Dios amoroso y cariñoso, que solo piensa en amarnos y en ser amado y que nos pide solamente amar y dejarnos amar por él para que consigamos la eterna felicidad. En este sentido, los santos han sido las personas que más han amado a Dios y que más han sentido su cercanía y su amor. Son personas dignas de confianza y podemos fiarnos de lo que ellos mismos nos dicen o lo que refieren personas que los conocieron.

Piensa desde ahora: *Dios quiere ser tu amigo y quiere que lo ames como un hijo a su Padre. ¿Serás capaz de negarle tu amor a ese Dios que te ha creado, porque quiere que seas feliz eternamente? Lee los evangelios para conocerlo bien a través de la persona de Jesús y observa atentamente la vida de los santos. Dios manifiesta en la vida de algunos de ellos una ternura, una cercanía y un amor capaz de deshacer cualquier duda sobre su bondad. Ámalo sin condiciones y su amor y ternura inundarán tu corazón.*

SAN FRANCISCO DE PAULA (1416--1507)

Dios manifestó su amor y su poder en la vida de san Francisco de Paula, al igual que en otros santos con poderosos milagros.

Una semana faltó el cocinero por estar enfermo y el padre guardián (Superior) le mandó que cuidase de guisar la comida del convento. Admitió con tanta alegría este oficio que se le notaba en el rostro... A dos o tres días que ejercitaba este oficio, sucedió que, disponiendo todo lo necesario para la comida muy de mañana, puso la olla sobre la ceniza y, por ser algo temprano, fué a rezar mientras era tiempo de encender la lumbre. Alejóse tan de sí mismo en la oración con un profundo éxtasis que corrió toda la mañana y llegó la hora de hacer señal para comer sin que el santo mancebo hubiese asistido a su oficio, pues echaron de ver los religiosos que ni estaba en él, ni la comida aderezada, ni menos encendida la lumbre.

Fuéronle a buscar por mandato del padre guardián y halláronle en la capilla de la iglesia, elevado en espíritu... No le osaban interrumpir, pero forzados de la obediencia, lo llamaron. Volvió a responder, encendido y hermojado el rostro como si bajara del cielo. Dijéronle que cómo se había descuidado tanto de la obediencia, pues siendo hora de comer, estaba la comida sin aderezar y sin encender la lumbre. “No puede ser eso, dijo él, que yo tengo aderezado lo que se mandó. Llame a comer, que no falta cosa”. El guardián era hombre prudente y conocía bien la santidad de Francisco y así presumió que les quería dar nuestro Señor algún milagroso suceso y mandó hacer la señal; y dando gracias se sentaron en las mesas. Fuéronse tras Francisco a la cocina algunos frailes de servicio y vieron que, en llegando el santo mancebo a la olla, la apartó del fuego que un momento antes no había y comenzó a distribuir la comida sazónada, como si hubiera puesto el ordinario cuidado y tiempo que para estarlo es necesario. Súpoles a cielo aquella comida milagrosamente guisada y quedaron en extremo maravillados de la santidad de Francisco ¹.

Un día al llegar a la orilla del mar en Catona, el padre dijo a un tal Pietro Colosa, propietario de una nave, que transportaba a Sicilia madera para construir cubas o para salar pescado, que por caridad lo llevase a Mesina, ciudad de Sicilia. El señor Colosa respondió: “Págame, monje, y te llevaré”. El padre insistió: “Por caridad, llévame”. Y de nuevo el tal Pietro Colosa le respondió: “Págame y te llevaré”. El padre entonces, añadió: “Esperadme”.

¹ De MontoyaLucas, *Coronica general de la Orden de los Minimos*, 1619, pp. 26-27.

*Se alejó a una distancia como de un tiro de piedra, rezó levantando sus ojos al cielo e hizo la señal de la cruz sobre el mar y junto con su compañero atravesó el mar*².

En la Cronica de la Orden se da la versión de que el padre y sus dos compañeros pasaron el mar sobre el manto del santo. David Romeo refiere: *Quitóse el manto y tendiéndolo sobre las aguas hizo la señal de la cruz y entró en ellas sobre él, mandando a sus compañeros hiciesen lo mismo. Sentóse Juan a los pies de nuestro padre, que iba en pie, y el padre fray Pablo se puso de rodillas al otro lado, y así con su báculo en la mano, como si fuera gobernalle, comenzaron a navegar con tanta prosperidad y tan seguros, como si en un navío de alto borde fueran. Ya en alta mar fue visto por mucha gente, que estaba por la marina pescando y por el poco piadoso marinero y compañía de su nave. Fue notable el espanto y admiración de todos. Arrepentidos los de la nave, dieron grandes voces que se esperasen o llegasen para entrar en ella, culpándose mucho de su poca piedad y demasiada descortesía... No admitió el glorioso santo estas ofertas... Prosiguiendo él su viaje, dio fondo en el puerto de Milazo antes que la nave... El patrón de la nave, que no quiso sin dineros pasar en ella a nuestro padre, lloró perpetuamente este suceso y, como ya se viesse hombre de mucha vejez, impedido para el oficio de piloto, recogióse a vivir en Milazo y todos los días venía a oír misa a nuestro convento. Entrábase en la capilla de nuestro padre san Francisco y en el mismo punto se deshacía en lágrimas el buen viejo, hiriéndose fuertemente los pechos...*³.

BEATA SOR ANA DE SAN BARTOLOMÉ (1549-1626)

Refiere: *A los diez años murieron mis padres... y (mis hermanos) me enviaron a guardar el ganado al campo, aunque era cerca del lugar. Yo lo sentía mucho al principio; mas luego el Señor me consoló y los campos me eran deleites y los pájaros me recogían con su canto, que si empezaban a cantar me estaba las horas recogida. Y muchas veces venía el Niño Jesús y se me sentaba en las faldas y le hallaba allí cuando tornaba en mí.*

Lo que aquí sentía en mi espíritu no lo sé decir, que yo me hallaba en un cielo glorioso, que deseaba vivir allí siempre y que no viera más gentes y quisiera irme a un lugar muy lejos.

Y una vez dije al Niño Jesús: “Señor, pues me hacéis compañía, no vamos más donde haya persona, sino vámonos solos a unas montañas, que con vuestra

² Proceso de Calabria, testigo 22.

³ Cronica general, o.c., pp. 105-106.

compañía no me faltará nada”. Mas reíase y sin hablar me mostró no era aquello lo que quería de mí. Yo amaba ya tanto la soledad con tal compañía que con ver gente me era la muerte. Algunas veces me tomaban las noches sin sentirlo media legua del lugar y, espantados mis hermanos, me buscaban y reñían. Mas no me espanto que, como no sabían la compañía que yo tenía, ni se lo dije jamás, podían pensar en otra cosa ⁴.

Según declaración de sor Clara de la Cruz, la Madre Ana le dijo a ella y a otras religiosas, que *si pudiera pintar, pintaría al pequeño Jesús en la misma forma en que se le aparecía en su niñez y añadía que era muy hermoso, de pelo rizado sobre los hombros, de color castaño, con un vestido morado, como los “nazarenos”, con unos ojos resplandecientes y ardientes, tan atractivos que no se atrevía a mirarlos fijamente, pensando que, si los miraba, moriría de amor ⁵.*

Cuando llegué a la edad de trece años, que ya mis padres eran muertos... víme afligida, porque siempre había tenido deseo de la castidad. Mas, al fin, determinéme un día a que, si yo hallara un hombre muy rico, muy hermoso, muy agradable, muy santo y que me ayudara al servicio de Dios, que me holgara con tal compañía. Estando en estos pensamientos, aparecióme Nuestro Señor Jesucristo, hermosísimo, como le había visto en el cielo y, hablándome con mucha ternura y amor, me dijo: “Yo soy el hombre que tú buscas”. Desde entonces, me determiné de no me casar y procurar cuanto pudiese ser monja, aunque no sabía dónde ni cómo lo alcanzar por la gran dificultad que entendía en mis hermanos para ello habría ⁶.

SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZI

Sor Ángela Catalina afirma: *La Víspera de Año Nuevo de 1597 estaba sor Magdalena en el noviciado delante del pesebre en éxtasis con la imagen del Niño Jesús en brazos. La imagen del Niño era de tierra o yeso. Ella le decía palabras de amor y yo vi que el Niño sudaba gotas gruesas y ella las limpiaba con su hábito y en la parte que las secaba se notaba que estaba su hábito húmedo. Le pregunté por qué sudaba y me respondió: por vuestros defectos. Esto lo tengo como un milagro, ya que una imagen del Niño de tierra o yeso no puede sudar ⁷.*

Sor María Arcángela recuerda: *Una mañana mientras María Magdalena oía misa en nuestro coro, vi a su alrededor una luz y un resplandor grandísimo y*

⁴ Autobiografía A, p. 283.

⁵ Proceso de canonización, Ed. Monte Carmelo, Burgos, 2010, p. 425.

⁶ Gracián Jerónimo, *Peregrinación de Anastasio*, Burgos, 1933. *Peregrinación de Anastasio*, Diálogo segundo, p. 265.

⁷ Sumario del Proceso, p. 239.

dentro de ese resplandor vi un hermosísimo niño, por lo que me imagino que era Jesús, quien le hacía muchas caricias a Magdalena. Así pude conocer a la religiosa santa, tal como me habían indicado hacía pocos días al entrar al convento sin decirme quién era en realidad. Ella era muy humilde y, a escondidas, cogía los trapos sucios de las otras y los lavaba y hacía otras tareas sencillas y humildes del monasterio ⁸. Otro día vi al Niño Jesús con ella, cuando hacía el pan ⁹.

Un día había servido sor Magdalena a las hermanas en el comedor. Les había besado a todas los pies y, en premio de ello, Jesús la besó a ella ¹⁰.

SANTA MARIANA DE JESÚS (1618-1645)

Mariana tenía una imagen del Niño Jesús y a él le ofrecía todo su cariño y lo besaba y abrazaba como si estuviera vivo. Y decía: *Este mi niño es mi entretenimiento*. Pero sus familiares llegaron a saber que el Niño Jesús se le presentaba algunas veces de verdad y con él jugaba y se recreaba. El padre Jerónimo Ruiz certifica: *Mariana jugaba con un hijo de Juana de Salazar, que era muy niño y vivía en su misma casa. Y observando que el niño no se reía, le dijo a su madre: “Toma tu hijo, que es muy frío, porque mi niño se ríe y me hace muchas caricias”*. *El caso es que se divertía con el niño de una imagen que tenía¹¹.*

Isabel de Alvarado nos dice que, *estando de parto doña Juana Caso, sobrina de Mariana, su hijo pequeño llamado Cosme, entró en la habitación y dijo muy alegre a su madre: “Mamá, Mamá, la tía Mariana está jugando con un niño bellissimo en su regazo”*. *Y su madre le respondió: “Calla, que ya sé lo que es”*. *Por ello esta testigo, que estaba presente con su madre, creyó que el Señor la favorecía con su presencia como a su esposa querida ¹².*

⁸ Sumario del Proceso de canonización, pp. 62-63.

⁹ Ib. p. 88.

¹⁰ Puccini Vicente, *Vita della Madre Magdalena de Pazzi*, Firenze, 1609, p. 84.

¹¹ Sumario del Proceso de canonización, p. 111.

¹² Ib. p. 25.

BEATA INÉS DE BENIGÁNIM (1625-1696)

Era tan humilde y sencilla que Jesús se le aparecía y jugaba con ella como con un amigo cercano.

En una oportunidad se le cayó a la Madre Inés en el pozo una llave de las oficinas. Acongojada, levantó la voz diciendo: “Válgame Dios, la llave se me cayó en el pozo, ¿y cómo haré ahora? Oyeron sus voces las religiosas y, una de ellas, atendiendo a su sencillez, le dijo: “Tome un anzuelo con un cordel; métalo en el pozo y sacará la llave”. Las otras que tal oyeron, viendo que sor Inés a toda prisa ponía por obra lo que la religiosa le había dicho, no pudieron contener la risa. Pero, al echar en el pozo el cordel con el anzuelo, vio que el niño Jesús se arrojaba al agua para poner la llave en el anzuelo. Al ver esta acción del niño Dios, movida de afecto, le dijo: “Cuidad, Señor, que os ahogaréis”. Y diciendo y haciendo tiró del cordel y sacó la llave prendida en el anzuelo ¹³.

Siendo tornera la venerable Madre, llegó al torno un pobrecito a pedirle limosna. Al punto que se la pidió, sintió un gran deseo de hacerle una limosna copiosa, mayor de la que una tornera puede hacer por sí sola. Fue a la Priora y, hablándole de lo que en su corazón pasaba, le dijo la Madre Leocadia de los Ángeles: “Hermana, déle dos panes”. Replicóle: “Madre, ¿no más?”. Dijo entonces la Priora: “Si le parece poco, déle un par de huevos”. Fue muy gustosa y alegre a cumplir con esa obra de misericordia y, llegando al torno, se la dio al pobre; el cual tomó los panes en sus manos y oyó la dicha hermana cómo los besó y, devolviéndolos al torno, le dijo: “Yo no como pan, sino corazones”. Y la venerable Madre, oyéndolo, toda transformada e inflamada, llena de alborozo y consuelo, tomó los dos panes y, refiriendo lo que había pasado, repartió los panes entre todas las religiosas ¹⁴.

Un domingo, 12 de julio, bajó Cristo al salón y dio la bendición a todas las hermanas, y les hizo una cruz en la frente; y el Señor le mandó a la venerable Madre que la hiciese ella también a las demás sobre la frente ¹⁵.

Tenía dos imágenes: una hermosísima del Niño Jesús y otra muy devota de un santo Ecce Homo. Éstas eran todas sus delicias. Pasaba de ellas al original y, acordándose de las muchas ocasiones en que se le había aparecido,

¹³ Benavent Felipe, *Vida, virtudes y milagros de la beata sor Josefa de Santa Inés*, Valencia, 1913, p. 45.

¹⁴ Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, Valencia, 1698, p. 38.

¹⁵ *Ib.* p. 15.

ya glorioso, ya en la pasión, sus afectos terminaban en suspiros... Por medio de estas imágenes le hacía el Señor incomparables favores ¹⁶.

Cierto día, por orden de la Priora, a las cinco de la mañana, fue sor Inés con otras religiosas, al lavador o balsa, que tienen en el huerto, para lavar la ropa; y al punto que llegaron se apareció el Señor, hermoso, galán y bizarro; y así que lo vio la beata, con profundo rendimiento, lo adoró, diciéndole: “Señor, ¿qué nos quiere mandar vuestra divina Majestad?”. Respondióle: “Vengo a estar en vuestra compañía entre tanto os empleáis en vuestras obediencias”. Dijo entonces Inés: “Hermanas, hagamos nuestra obediencia con mucho gusto y compostura, considerando que nuestro celestial esposo se está recreando mirándonos cómo lavamos”. Fue tanto lo que movieron estas palabras el interior de las religiosas, que no cesaron de hacer actos de amor, ofreciéndose de nuevo al servicio de Dios, renovando los tres votos que hicieron en su profesión. Acabaron de lavar, quedando admiradas de que en tan breve espacio de tiempo, como de un cuarto de hora, a su parecer, hubieran concluido la tarea, cuando eran menester por lo menos dos horas ¹⁷.

Teniendo a su cargo cuidar las gallinas, cierto día fue a llevarles de comer y se le apareció Nuestro Señor Jesucristo con unas vestiduras muy ricas y hermosas. Así que lo vio, con profunda humildad le reverenció y le dijo: “Señor, os vais a ensuciar esa ropa tan hermosa por no estar limpio este lugar”. Y le respondió Jesús: “Calla, Inés, que a Mí nadie me ensucia” ¹⁸.

En el convento había un patio destinado para poner la leña. Como ésta se hubiese terminado, quedaba en él mucha basura. Fue la sierva de Dios a limpiar y barrer; y estando ejercitándose en esta obediencia, se le apareció el Señor, de unos treinta y tres años, con un ropaje de singular hermosura y riqueza; y así como lo vio con sus ojos corporales, rendidamente lo adoró y le dijo: “Señor, ¿por qué venís de ese modo, de edad proveya, siendo así que cuanto más mozo os manifestáis, me parecéis más hermoso?”. Y su divina Majestad, riéndose le dijo: “Esto no te dé cuidado”. Púsose de menos años, más bello que millares de soles; y doblando con airoso garbo la sotanilla que vestía, tomando una hermosísima escoba, la ayudó a barrer; y entre los dos limpiaron y barrieron el dicho patio con celestial regocijo ¹⁹.

Cierto día, estando sor Inés en su celda en alta contemplación, pidiendo a Dios usara de misericordia con ella, perdonando sus faltas y comunicándole mucho amor para más y más amarle, se arrojó y se le apareció Nuestro Señor

¹⁶ José Fernández de Marmanillo, *Oración fúnebre*, Valencia, 1696, p. 36.

¹⁷ Benavent, p. 127.

¹⁸ Benavent, p. 46.

¹⁹ Ib. p. 50.

Jesucristo de edad como de cuatro años, vestido de una tunicela de color carmesí, rica y hermosa. Así que lo vio, con singular alegría y devota reverencia, le dijo: “Esposo de las almas, galán enamorado, seáis bien venido”. Quiso arrojarse a sus pies, y su divina Majestad se apartó con mucho agrado como que no quería le tocara su sierva. El niño Dios riéndose, huía a la manera que los niños suelen provocarse unos a otros para ver si los podrán alcanzar y coger. La sierva de Dios iba corriendo por la celda, ya a una parte, ya a otra, extendiendo los brazos y con las manos hacía ademanes de querer coger a alguno. Todo lo cual, lo estaba viendo una religiosa, y oyó que decía: “Señor, yo os alcanzaré”. Daba vueltas por su celda diciendo: “Yo os cogeré”. Esto duró por algún rato; y habiendo vuelto del arrobo, le suplicó la religiosa que había visto las acciones y oído lo que había dicho, la consolara diciéndole lo que había sucedido; y la sierva de Dios con su santa sencillez, juzgando que la otra había entendido todo el misterio por lo que vio y oyó con toda claridad, le refirió cómo había jugado y se había entretenido un rato con el Niño Jesús.

Hallándose cierto día la religiosa que hacía la cocina muy ocupada, y necesitando avisar al hombre que trabajaba en el huerto que arrancase unas pocas chirivías para hacer un plato a la Comunidad, acertó a pasar por la cocina sor Inés. La religiosa le dijo, si quería hacerle la caridad de decir al hombre del huerto que arrancase las chirivías. Respondióle: “De muy buena voluntad lo haré ahora mismo”. Fue y halló que ya se había salido el hombre; y considerando que para arrancarlas era menester la fuerza de un hombre por haber de cavar profundamente, no atreviéndose a decirlo a ninguna de las religiosas, se resolvió a tomar un azadón y se fue a donde estaban; y así que llegó se le apareció Nuestro Señor Jesucristo, de edad como de doce años, vestido de gala, y llevando al hombro un azadoncito muy reluciente. Púsose su divina Majestad a hacerle fiestas, manifestarle cariño y a jugar con ella.

Correspondíale sor Inés con sus enamoradas finezas; pero, considerando que la religiosa esperaba las chirivías, le dijo: “Señor, perdonad, que ya no podemos jugar más, porque he de probar si podré arrancar chirivías, que aún se han de guisar para la Comunidad”. Diciendo esto, más juegos movía con ella su divina Majestad; de suerte que se resolvió a decirle: “Señor, estaos quietecito, si sois servido; de lo contrario, os quitaré ese azadoncito que lleváis, porque me gusta mucho”.

Diciendo y haciendo, se puso sor Inés a arrancar chirivías; y al mismo punto, tomando el Señor su azadoncito con bravo garbo, se puso también a arrancarlas. Decía ella: “Bien puede ser que yo arrancase algunas; pero tan pocas debieron ser, que entiendo las arrancó todas mi cordial esposo. Tomó las chirivías, llevólas a la cocina, guisáronlas, sacáronlas al comedor; y así, por ser tan crecidas como por el gusto y suavidad que tenían, se admiraron las

religiosas todas. Preguntaron a la que las había guisado de dónde había sacado tan admirables chirivías, pues jamás habían comido cosa igual. Respondió que las acompañaba en su sentir; pero sor Inés le había dicho que eran del huerto. Entonces se estrecharon con ella para que dijese de dónde había sacado tan preciosas chirivías; y bien sea por las instancias de sus hermanas, o porque se lo mandó la Priora, que es lo más cierto, la obligaron a que refiriese todo lo que había sucedido ²⁰.

Uno de los días de carnestolendas, cierto año, después de haber salido a mortificación en el refectorio y haber tomado una rigurosa disciplina, sor Inés se sentó a la mesa; y, estando comiendo, sintió en su interior que la llamaba el divino esposo desde el sagrario del altar mayor de la iglesia del convento. Al instante que pudo desocuparse, fue al coro y, como en ese tiempo estaban cerradas las puertas de la iglesia, levantó el velo o tela de la reja, arrodillóse y puesta en la divina presencia, decía a su enamorado Jesús: “Amor mío y dueño de mi corazón, muy bien he conocido que vuestra divina Majestad me llamaba, pero por no faltar al acto de Comunidad, no he podido venir más presto; perdonadme, esposo mío, y si queréis hacer carnestolendas conmigo, ya me tenéis aquí pronta y rendida para hacer vuestra santísima voluntad”.

Acabadas de pronunciar estas palabras, comenzó el Señor a tirarle desde el sagrario unas naranjitas transparentes y hermosísimas; y ella con mucho agrado y cordial alegría, se las volvía a tirar desde el coro, entreteniéndose y regocijándose en estas espirituales carnestolendas. Repitiendo este singular favor, decía que, habiendo sido muchas las naranjitas que arrojó el Señor y otras tantas las que ella le volvía a arrojar, pasaron todas por los agujeros de la reja del coro, sobre ser muy espesa y no se lo impidió la reja, ni con ella tropezó naranjita alguna, ni se rompió ninguna de ellas ²¹.

SANTA MARÍA FRANCISCA DE LAS CINCO LLAGAS (1715-1791)

Cuando vivía en su casa, su familia hacía un nacimiento y ella, en la noche de Navidad, era la encargada de llevar al Niño por toda la casa. Lo besaba y rebesaba, llenándolo de lágrimas de amor y ternura. Una vez su hermana Serafina la encontró sola abstraída, mirando al Niño Jesús. Estaba levantada en el aire unos palmos. La llamó y, al volver en sí, se ruborizó y le pidió no decírselo a nadie ²².

²⁰ Benavent, pp. 50-52.

²¹ Ib. p. 58.

²² Sumario del Proceso de canonización, 135.

El padre Laviosa nos dice: *Cada año en su casa hacía el belén para Navidad. En la noche precedente no se cansaba de estar horas y horas delante de la imagen del Niño Jesús, mirándolo con amor. Y decía: “¿Queréis conseguir con seguridad alguna gracia de María santísima? Pedídsela por aquella gran alegría que ella sintió la primera vez que vio a Jesús recién nacido en el pesebre y lo adoró entre sus brazos* ²³.

Desde la primera semana de adviento hacía oraciones, ayunos y penitencias especiales. Y se preparaba con una novena para la fiesta de Navidad. Además de la comunión sacramental diaria, hacía muchísimas comuniones espirituales y cada día rezaba 40 avemarías con algunas canciones alusivas a este misterio ²⁴.

Afirma el padre Luis María: *Tenía la sierva de Dios una imagen bella del Niño Jesús en una urnita y olía a cielo. Sor María Francisca le hizo vestidos, calcetines y sandalias, pero, no pudiendo ponérselos, dijo: “Niño mío, si no extiendes los pies, no puedo calzarte”. Y el Niño Jesús extendió sus pies. Y lo mismo hizo con las mangas para ponerle el vestido que todavía tiene* ²⁵.

MELANIA CALVAT, VIDENTE DE LA VIRGEN EN LA SALETTE (1831-1904)

Refiere su amistad con el Niño Jesús y cómo jugaba con él. Su madre la expulsó de casa varias veces. La primera vez nos dice: *Estuve tres o cuatro días sola sin ver a nadie en el bosque, pensando continuamente en los sufrimientos de la pasión de Jesús y llorando y decidiendo nunca pecar para no ofender a Jesús. Pero me sentía débil, no tenía fuerzas ni para caminar. De pronto vi a un niño pequeño como yo, de una gran belleza, vestido de un blanco brillante y con una corona hermosa en la cabeza. Él me dijo: “Buenos días, mi hermana, ¿por qué lloras? Yo vengo a consolarte”.*

Lloro, porque quisiera saber lo que Jesús hizo por salvarnos. Además, quisiera tener una mamá. No tengo a nadie. El niño me contestó: “Llámame hermano, yo soy tu hermano. Nosotros tenemos una mamá”. Grité: “¿Una mamá? ¿Una mamá? ¿Dónde está?” “Nuestra mamá está por todas partes con sus hijos. Ámala mucho. Ella está siempre con los que quieren ser sus hijos. Pronto te llevaré a ver a nuestra mamá”.

²³ Sum p. 128.

²⁴ Sum pp. 134-135.

²⁵ Sum p. 183.

Después el Niño me habló de la grandeza de Dios, de su poder y su bondad. Me habló de la vida pública de Jesús y de su pasión. “Hermana mía, huye del ruido del mundo y ama el retiro y el recogimiento. Ten siempre tu corazón en la cruz y la cruz en tu corazón. Que Jesús sea tu única ocupación. Ama el silencio y oirás la voz de Dios que habla al corazón” ²⁶.

Mi hermanito venía todos los días a verme, a veces faltaba un día, pero venía frecuentemente e incluso varias veces el mismo día. Nosotros conversábamos siempre de la pasión y de la vida oculta de Jesús. Y caminábamos tomados de la mano. Si me caía, él me levantaba. Recogíamos flores juntos y, cada vez que me llamaba hermana, mi corazón se llenaba de alegría, porque no estaba sola: tenía un hermano y una mamá. El Niño era de mi edad y de mi talla. Su cara era de un blanco rosado, sus cabellos castaños claros y rizados, y caían un poco sobre sus espaldas. Sus ojos eran dulces y penetrantes. Su voz dulce, sonora y melodiosa. Ahora bien, no todos los días venía vestido de la misma manera. Unas veces venía con un vestido rosa, zapatos blancos y cinturón azul. Otras veces con un vestido rosa de un rosado plateado cerrado por la cintura con una cinta de oro y los extremos de la cinta pendían por el costado. Otra vez vino con ropa blanca, de un blanco muy hermoso, muy fino.

Después de haber hablado un rato sobre Jesús (ella no supo hasta 20 años más tarde que este hermano era el mismo Jesús. Creía que era un ángel o un santo del cielo, que llamaba mamá a la Virgen María), después de hablar nos divertíamos cogiendo flores y haciendo con ellas coronas. Me parecía que las mismas flores venían a sus manos, pero yo lo veía todo muy natural, porque ignoraba lo que los hombres pueden o no pueden hacer.

Un día le pregunté por qué llevaba en la cabeza una corona de rosas, si no había hecho la primera comunión (al hacer la primera comunión algunos niños llevaban coronas de flores). Él me respondió que antes había llevado otra corona (la de espinas se entiende). En ese momento perdí mis sentidos y me encontré en la presencia de la Majestad de Dios. Vi a Jesucristo grande, majestuoso, lleno de amor, vestido con ropa blanca, plateada, transparente y brillante sobre la que estaban sembradas piedras preciosas de diferentes colores. En la cintura tenía un cinturón o cinta ricamente adornada. Sobre su cabeza había una diadema de oro fino con brillantes centellantes y de piedras preciosas, diamantes, esmeraldas, etc. Él tenía en sus manos una pequeña paloma blanca. Se fijó en ella y trazó sobre su cabeza la señal de la cruz. Apretó

²⁶ El padre Combe escribió en su Diario: *Cuando Melania tenía un año de vida se golpeó con una esquina de hierro, pero fue curada milagrosamente por su “hermano”*. Ella se acordaba perfectamente de este accidente y sus circunstancias, como si hubiera tenido uso de razón (Dion, Mélanie Calvat, Bergère de La Salette, Ed. Tequi, 1984, p. 185).

la paloma contra su corazón con cariño y dijo: “En virtud de mi cruz, crece y da frutos de virtudes”. Yo recobré los sentidos y me encontré en el mismo lugar del bosque, pero mi hermano ya no estaba.

Un día me senté en el tronco de un árbol cortado. Los pájaros no cantaban. Había un profundo silencio y me dormí. Tuve un sueño: Estaba abatida y cansada y buscaba un lugar para descansar sin encontrarlo. Vi un árbol cortado y observé sus raíces profundas y gruesas, entrelazadas. Al pie del árbol había salido un brote como un segundo árbol. Me senté sobre el tronco con las espaldas apoyadas en el nuevo árbol. En ese momento en que estaba afligida por mis penas, me oí llamar: “Hermana, hermana querida”. Abrí los ojos sin ver a nadie y, sin embargo, todo el bosque estaba claro en pleno día y sin sombras. La misma voz me dijo: “Yo soy tu hermano, ven”. Me puse de pie y vi a mi hermano vestido con vestido rosa y zapatos blancos. Al momento me lancé a abrazarlo, pero él me dijo que todavía no era la hora de abrazarlo. Al instante mis penas cesaron y sentí alegría y paz.

Durante el tiempo que permanecí en el bosque, me alimentaba de pequeños frutos que crecen allí, pero también debo decir que muchas veces mi “hermanito” me llevaba alimentos deliciosos que restablecían enteramente mis fuerzas para muchos días. La primera vez fue una bella violeta. La comí y no era ni pan ni miel. Era una sustancia muy sabrosa y olorosa. En ese momento hice, como agradecimiento, un movimiento de querer besar a mi adorable hermano. Él levantó su mano derecha y dijo: “Todavía no, hermana de mi corazón, come toda la flor”. Y sentí un deseo ardiente de sufrir por Jesús.

Otro día se presentó mi hermano más grande que de ordinario, pero siempre amoroso. Estaba vestido como los sacerdotes de la misa. Todo en él era resplandeciente y atrayente. No puedo expresar su amorosa belleza. Sobre su pecho había como un Corazón abierto por rayos luminosos. Del Corazón salían los rayos como de un horno ardiente. Metió en su Corazón dos dedos y sacó algo redondo (hostia) y muy blanco, muy brillante, donde estaba su retrato. Me dijo: “Hermana de mi Corazón, recibe al eterno amor, al Dios de los fuertes”; y después desapareció. Apenas la hostia tocó mi corazón, sentí en mí una nueva vida y un deseo muy grande de sufrir (por Jesús). Ese día hizo en realidad su primera comunión. Ella nos dice:

Cuando la Virgen se apareció, yo era de pequeña estatura y mi “hermano” era exactamente de mi misma altura. Desde que me pusieron en pensión en las Hermanas de la Providencia en Corps, yo comencé a crecer y mi hermano era cada día más pequeño y me venía a ver con frecuencia. A pesar de todos los esfuerzos de las hermanas por hacerme leer, apenas llegué a conocer algunas letras del alfabeto y olvidaba lo que me enseñaban.

Un día mi hermano vino a verme. Ese día yo aprendí a leer. Él me enseñó y yo leí y grité: “No es difícil querido hermano”. Otro día aprendí a hablar en italiano sin haberlo estudiado. Al llegar (siendo adulta) a Cefalonia en Grecia tuve que resolver un problema de disciplina entre los niños del orfanato. No sabía ni una palabra de italiano, pero vino mi hermano y le enseñé el libro de mis alumnos. Le dije: “Quiero cumplir mi deber y enseñar a mis alumnos”. Mi hermano se rió y dijo: “Lee” y yo leí en italiano. (Todos los que me oían hablar en esta lengua decían que creían que era de Toscana).

En otras ocasiones su hermano le enseñó el inglés y el griego moderno, según afirmó con seguridad el padre Rigaux. También el hermano le enseñó a hacer punto y tejer la paja para hacerse un sombrero y hasta aprendió a hacerse sus propios vestidos ²⁷.

JUGANDO CON JESÚS

Cuando mi madre me expulsaba de casa, me iba al bosque. Allí con mi “hermano” a veces jugábamos a recoger flores, que ofrecíamos a nuestro Dios. Le dije: “Juguemos a ver quién recoge más flores.” Y fuimos cada uno, por un lado. Cuando la recogida terminó, yo le pregunté: “¿Dónde has encontrado esas flores tan hermosas? Yo también quiero ir a recogerlas para nuestro Dios”. Quise cambiar mis flores por las de mi “hermano” y él aceptó el cambio, pero apenas hicimos el cambio, yo grité: “No, no quiero el cambio, porque no es verdad. El buen Dios, que las ha hecho crecer, sabe muy bien que yo no las he recogido”. Y mi “hermano” me devolvió mi ramo de flores, que en su mano se habían vuelto tan hermosas como las suyas, y los dos las ofrecimos al buen Dios.

Otro día me dijo: “Vamos a jugar a las escondidas”. Primero echamos a pajillas a ver quién cogía la más corta, Él ganó y me dijo: “Me voy a ocultar hasta que me encuentres. Vuélvete para no verme”. Después, escondido, gritó: “Listo”. Yo fui a buscarlo y no lo encontré. Al fin, aburrida de estar sola, lo llamé: “Hermano, ¿dónde estás?” Él no contestó. Y ganó el juego.

Después me tocó a mí esconderme y él me encontró de inmediato. Por segunda vez, me oculté para que me encontrara y él hacía que no me encontraba y gritaba: “Hermana, ¿dónde estás?”. Hasta que llegó derecho a donde estaba, diciendo: “Allí estás”. Y me ganó de nuevo ²⁸.

²⁷ Dion pp. 186-187.

²⁸ Autobiografía, *Vie de Mélanie Bergère de La Salette écrite par elle-même*, Paris, 1912, pp. 87-88.

Melania informó al padre Combe, como él lo escribió en su Diario, que entre otros juegos que tenía con su hermano estaba el de ver quién estaba más tiempo de pie sobre una sola pierna y también ver quién saltaba más alto con sus dos pies juntos ²⁹.

Un día se presentó mi “hermano” (ya hemos dicho anteriormente que era el Niño Jesús) y le pedí oraciones por mí. Le recordé la promesa de que un día podría besarlo. Él, con una dulce sonrisa, me dijo que no era yo la que lo besaría, sino era él quien me besaría a mí” Oh, le dije, rápido, date prisa, mi “hermano”, por amor de Jesús”. Él me besó en la frente, sobre los labios y en el pecho. Me bendijo con el signo de la cruz y se fue ³⁰.

MÍSTICA MARIE JULIE JAHENNY

El 7 de enero de 1877 estaba Julie en éxtasis: *Se me presentó la Virgen María con el Niño Jesús en brazos. Yo le dije: “Madre, ¿me puedes dar al Niño para tenerlo conmigo?”. Me respondió que sí. Entonces le dije al Niño Jesús: “Ven a mis brazos”. Y María me lo dio. Yo lo llevé sobre mi lado izquierdo y el Niño sonreía. Me preguntó: “¿Para quién es tu corazón?”. Le respondí: “Para ti, querido Jesús”. Y me dijo: Tu corazón y el mío están unidos y son inseparables ³¹.*

Ángela, la hermana de Julie contó en la Navidad de 1880: *Ella estuvo dos horas de rodillas con un cirio encendido en la mano. Ella estaba en éxtasis y hablaba en voz alta. Veía a su alrededor grupos de vírgenes y santas con sus cabellos largos sobre las espaldas. De pronto le sacaron su toca y quedó ella también con sus cabellos flotando sobre las espaldas. Al mismo tiempo apareció sobre su frente una gota de líquido brillante y perfumado. Ángela la secó con un paño. Ella decía que tenía al Niño Jesús en sus brazos y hacía gestos como si llevara un niño en brazos ³².*

En la Navidad de 1879 también Julie recibió en sus brazos al Niño Jesús y declaró: *Yo sentí en el alma un gran calor de amor, que me embargaba totalmente. Yo sentía que mi alma se iba en medio de una multitud de ángeles, que iban al pesebre. Cuando estuve junto al pesebre del Niño, sentí ese calor que me embargaba. El Niño me puso un manto blanco sobre mis espaldas y me dijo: “Quiero reposar en tu corazón y en tus brazos”. Yo creía que no era digna, pero él insistió: “Yo quiero que tú me lleves”. Yo me puse a llorar de emoción, su*

²⁹ Dion, o.c., p. 178

³⁰ Autobiografía, o.c., p. 243.

³¹ Bourcier Henri-Pierre, *Marie Julie Jahenny, une vie mystique*, Ed. Tequi, 1990, p. 164.

³² *Ibidem*.

manita secaba mis lágrimas y yo lo recibí en mis brazos. Su cabecita inclinada sobre mi corazón. Mientras lo tenía así, él pasaba sus manos sobre mis mejillas y me besó en medio de la frente ³³.

En el éxtasis del 29 de julio de 1881 nos dice: *Algunas veces el Niño Jesús viene a verme y me dice: “Vengo a estar contigo cerca de tu corazón”. Él es más pequeño que mi ángel custodio. El habla primero y yo después. Él me dice: “Dime tus penas y las de tus amigos”. Él sabe que yo no puedo ir a visitarlo y por eso el viene a mí* ³⁴.

En el éxtasis del 13 de enero de 1921 Julie afirma: *Cada mañana el Niño Jesús viene a verme y me dice: “Vengo a estar cerca de tu corazón”* ³⁵.

MÍSTICA MARÍA MARTA CHAMBÓN (1841-1907)

Muchas veces en su encantadora sencillez le decía a Jesús: “Jesusito, ven conmigo a trabajar. No puedo quedarme contigo en el coro”. Y Jesús la acompañaba. A veces, él mismo le recordaba en el coro: “Ya es hora, date prisa”. Los dos cogían fruta de la huerta, hablaban y reían alegremente. Así pronto llenaban las cestas. Cuando estaban llenas, ella le decía: “Jesusito, yo no puedo llevarlas sola. Son muy pesadas; pero, si tú me ayudas, todo irá bien”. Y los dos juntos llevaban las cestas a la casa. Una hermana decía maravillada: “Yo no sé cómo se las arregla. Una no ve nada en los árboles y Marta saca diariamente cestas de fruta”.

La Superiora escribió en los *Anales del monasterio*: *Es imposible enumerar todas las gracias que recibe la comunidad por medio de esta humilde hija que vive ignorada en medio de sus hermanas. Nosotras sentimos realmente una asistencia sobrenatural visible alrededor de esta hija bendita. Todo lo que se le encarga prospera. Todo lo que se le confía se multiplica de una manera que recuerda al aceite y a la harina de la viuda de Sarepta y el barril inagotable de vino de la Galerie (Este barril de vino duró milagrosamente hasta la vendimia del año siguiente).*

El 7 de marzo de 1868 Jesús le mandó bendecir la provisión de patatas que se estaba acabando. Él le pidió que se pusiera de rodillas e hiciera tres señales de la cruz en el nombre y a gloria de la Santísima Trinidad. En la tarde nos dice: “Madre, podemos creer que habrá patatas hasta el final, como el

³³ Bourcier p. 165.

³⁴ Bourcier, p. 167.

³⁵ Bourcier, p. 168.

Señor ha dicho”. En efecto, a pesar de que todos los días se gastaba una buena cantidad para la comunidad y el pensionado, no se agotaban nunca. Las cocineras no sabían qué pensar y decían: “Es algo verdaderamente extraordinario, es un milagro”³⁶.

El 19 de julio de 1885 sor Marta había recogido una gran cantidad de fresas. Al día siguiente fue el turno de las ciruelas. Mientras se llenaban las cestas de ciruelas, se sintió interiormente inclinada a volver a ver el lugar de las fresas, aunque ya habían cogido todas. Y, sin embargo, vio maravillada muchísimas fresas. Jesús le dijo: “Hija mía, yo las he colocado para darte la alegría de ofrecérselas a tus hermanas”. Las religiosas ancianas recordaron siempre con admiración la gran cantidad de frutos que sor Marta recogía de la huerta. Jesús se glorificaba de multiplicar los frutos para alegría de su esposa Marta.

Otro día tuvo que recoger las uvas. La Superiora, Madre Revel, certificó: “Sor Marta recogió nueve cestas en un lugar donde ya se habían recogido las uvas”. Quedamos admiradas y le preguntamos: “¿Dónde las coges tú?”. “Yo no sé, respondió: Yo cojo un racimo y veo otro y otro”...

Otra vez faltaba el aceite para las lámparas. La Superiora se lo dijo a sor Marta. Ella encontró el recipiente con un poco de aceite, que sirvió para contentar a las hermanas hasta que llegó el aceite nuevo.

Cuando el vino se agriaba en los toneles o se podrían las patatas en la bodega, la Superiora la enviaba a poner remedio. Ella hacía la señal de la cruz e invocaba a la Santísima Trinidad y a las llagas de nuestro Señor y el vino se volvía excelente y las patatas se volvían sanas³⁷.

En el comedor ella debía preparar el agua y el vino. Jesús le aconsejó hacer tres señales de la cruz sobre las botellas en honor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Estaban en el mes de junio de 1867. Desde ese tiempo, la multiplicación del vino parecía el caso de las Bodas de Caná. Escribió la Superiora: “Un litro de vino, y, a veces menos, era suficiente para la comida de 50 ó 60 alumnas. La hermana encargada de la bodega no entendía lo que pasaba. Decía: “No comprendo, pero cuando sor Marta sirve a las alumnas casi no gasta nada de vino”³⁸.

³⁶ Soeur Marie Marthe Chambon, religieuse de la Visitation sainte Marie de Chambéry, 2019., pp. 145-146.

³⁷ Ib. pp. 146-147.

³⁸ Ib. p. 154.

El que estas gracias se te concedieran —se le reveló un día— no es por ahorrar, sino por la honra que recibe la Santísima Trinidad por este acto realizado con tanta fe, humildad y simplicidad infantil.

Hasta dónde llegaba su simplicidad, se vio claramente un día en el que sabía que, a la mañana siguiente, no podría ir a la bodega a bendecir las botellas. Entonces dijo a Jesús: “Querido Jesús, ¿puedo hacer ya hoy las tres cruces para mañana?”.

MÍSTICA YVONNE AIMEÉ DE MALESTROIT

El 26 de enero de 1926 vi un resplandor. Era el Niño Jesús. Su amor necesitaba de mí y el mío tenía necesidad de él. Yo quería abrazarlo y acariciarlo. Él me dijo cosas hermosas. La Virgen me dejó al Niño. El tiempo pasó muy rápido. Lo tendría una media hora. Yo me sentía en el cielo.

El 5 de noviembre de 1926 yo vi al Niño Jesús delante de mí. Él me miraba con ternura y me tendía sus brazos. Yo le tendí los míos y vino a acurrucarse. No nos dijimos nada. Nos mirábamos y yo le prometí hacer lo que él quisiera. Saliendo de mi éxtasis, yo tenía en mis brazos un pequeño Jesús de cera, muy hermoso, pero después de haber visto al Niño Jesús real, no podía encontrarlo maravilloso ³⁹.

MÍSTICA LUISA PICARRETA (1865-1947)

Estuvo 65 años viviendo normalmente sin comer ni beber, solo recibía la comunión cada día. Ella amaba a Jesús con todo su corazón. Escribió un libro de sus revelaciones privadas y estuvo enferma en cama casi toda su vida. Está en proceso de canonización. Es sierva de Dios.

El padre Bernardino Bucci nos dice: *Una señora muy anciana, llamada María Doria, a la que yo conocí, contaba que su madre, coetánea de Luisa, en verano solía ir a la zona de Torre Disperata, a una hacienda cercana a aquella donde vivía la familia Piccarreta.*

Esta señora estaba al tanto de los fenómenos relacionados con Luisa Piccarreta niña; se los había narrado su madre con lujo de detalles. Su madre, en su infancia solía acompañar y jugar con Luisa y con sus hermanas, pues eran amigas íntimas. Muchas veces notaban que Luisa jugaba con un muchacho

³⁹ Libreta de Yvonne del 5 de abril de 1926.

desconocido. Al principio creían que venía de un caserío cercano. Lo raro era que sólo jugaba y hablaba con Luisa y, después de cierto tiempo, se iba. Las hermanas y las amigas le preguntaban quién era ese muchacho. Ella, sonriendo, no respondía nada. Una vez dijo sí, cuando le hicieron una pregunta pillá: ¿Es tu novio?

Con el tiempo comprendieron que se encontraban ante un fenómeno sobrenatural: se trataba realmente del Niño Jesús, que se manifestaba bajo las apariencias de un adolescente ⁴⁰.

“Un día Jesús se le presentó a Luisa como un niño y le dijo: Yo soy el pobre de los pobres. No tengo dónde estar. He venido a ti, si me quieres tener contigo en tu cuartito. Mira, soy tan pobre que ni siquiera tengo vestidos, pero tú pensarás en todo.

Lo miré bien, era un niño de cinco o seis años, sin vestidos, sin zapatos, sumamente bello y gracioso. Al instante le respondí: Por mí, con gusto te habría acogido, pero ¿qué dirá mi papá? No soy persona libre, que pueda hacer lo que quiero, tengo mis padres que lo impiden. Vestirte, sí puedo hacerlo con mis pobres fatigas. Haré cualquier sacrificio, pero tenerte es imposible. Y luego, no tienes padre, no tienes madre, no tienes dónde estar.

Pero el niño repuso con amargura: No tengo a nadie. No me hagas dar más vueltas, déjame estar contigo. Yo misma no sabía qué hacer, cómo tenerlo. Se me ocurrió una idea: ¡tal vez es Jesús! ¿O será algún demonio? De modo que de nuevo le dije: Dime la verdad, ¿quién eres tú?

Y él repitió: Yo soy el pobre de los pobres. Yo repliqué: ¿Has aprendido la señal de la cruz? Sí. Respondió. Pues bien, hazla, quiero ver cómo la haces. Y él se signó con la cruz. Yo añadí: Y el avemaría, ¿sabes decirla? “Sí, pero si quieres que la diga, digámosla juntos”.

Yo comencé el avemaría y él la decía conmigo, cuando una luz purísima se desprendió de su frente adorable y conocí que el pobre de los pobres era Jesús ⁴¹.

Otra anécdota narrada por el padre Bucci: Mi hermana Gema era una niña delgada y pequeña. Luisa la quería mucho. El nombre de Gema se lo puso ella. La niña entraba y salía con mucha familiaridad de la habitación de Luisa. A ella le complacía su viveza y le encargaba que recogiera los alfileres que caían al

⁴⁰ Bucci Bernardino Giuseppe, *Luisa Piccarreta*, Librería espiritual de Quito, 2005, p. 97.

⁴¹ Luisa Piccarreta, *Libro del cielo*, vol2, pp. 47-48; 21 de abril de 1899.

suelo. En una ocasión, la pequeña Gema se escondió bajo la cama de Luisa, tal vez para dar una sorpresa a mi tía Rosaria, y fue testigo involuntaria de un fenómeno místico. Luisa tenía junto a su cama una mesita de noche, sobre la que se hallaba una campana de cristal que contenía al Niño Jesús.

En un momento determinado, mi hermana percibió algo insólito: se había creado un gran silencio; no se escuchaba ni siquiera el murmullo de las muchachas que trabajaban en la habitación contigua. Gema, entonces, salió de debajo de la cama y vio que el Niño se había animado y estaba en los brazos de Luisa, que lo besaba repetidamente. Gema no recuerda cuánto tiempo permaneció inmóvil contemplando la escena; sólo recuerda que, en cierto momento, sin que sintiera nada extraño, todo volvió a la normalidad. Mi tía Rosaria entró, como de costumbre, a la habitación, y Luisa estaba bordando, como solía. Este episodio nunca me lo relató mi hermana en su infancia. Conservó celosamente lo acontecido en su corazón. Sólo llegué a saber lo ocurrido por el testimonio (ahora forma parte de las actas) que dio durante el proceso diocesano de canonización ⁴².

BROMAS DE JESÚS

Escribe Luisa: Para quien no lo sepa, diré que Jesús sabe bromear mucho con las criaturas, como tantas veces ha bromeado conmigo. He aquí cómo: Jesús venía a mí, todo apresurado y me decía: “¿Quieres ahora venir conmigo?”. Y yo: “¿A dónde?”. Y él: “Al cielo”. Y yo: “¿Me lo dices de verdad?”. Si es así, ya vamos, respondía yo, aunque temo que tú tengas deseos de bromear conmigo. Y Jesús entonces: Pues no, pues no; te lo digo de verdad: vamos, que quiero llevarte conmigo.

Diciendo así atraía mi alma hacia sí, de modo que yo sentía que salía del cuerpo en un santiamén y siguiendo a Jesús alzaba el vuelo al cielo... Oh, cuán contenta estaba entonces mi alma; creía que debía dejar para siempre la tierra, mientras me parecía un sueño la vida transcurrida en el padecer tolerado por amor de Jesús. Él disminuía lentamente la carrera para alargar el tiempo... En vista de esto, en mi interior entraba la sospecha de que no debía ser verdad la entrada que tenía que hacer con él a la patria celestial y decía entre mí: Esto me parece que es una broma de Jesús. Y para asegurarme, le decía de cuando en cuando: Jesús querido, hazlo pronto; ¿por qué has moderado la carrera?

Y él: ¿Ves allá un pecador que está por perderse? Bajemos otra vez a la tierra; vamos a intentar reducir esa alma a penitencia; quién sabe si se

⁴² Bucci, o.c., pp. 85-86.

convierte. Roguemos, pues, juntos a mi eterno Padre que use de misericordia con ella; ¿no estás pronta a sufrir cualquier pena por la salvación de un alma que me cuesta tanta sangre?.

Y yo, a estas palabras de Jesús, me olvidaba de mí misma, olvidaba la carrera hecha hacia el cielo y respondía a Jesús: *Sí, sí, cualquier cosa que quieras estoy pronta a sufrir con tal que se salve esa alma.*

Entonces Jesús, en un abrir y cerrar de ojos, me hacía encontrarme con él junto al pecador y buscando todas las formas de convertirlo, le presentaba a la mente las más poderosas razones para su salvación y para hacer que se rindiese a la gracia, pero lamentablemente resultaron vanas nuestras esperanzas. Entonces Jesús, muy afligido, me decía: *Esposa mía, ¿quieres tomar sobre ti las penas debidas a él? Si tú entras otra vez al cuerpo para sufrir, la divina Justicia podrá aplacarse y así podré usar con él de misericordia. Como ya has visto, nuestras palabras no le han movido en lo más mínimo; ni tampoco las razones; no nos queda hacer otra cosa que sufrir las penas debidas a él, las cuales son los medios más poderosos para satisfacer a la divina Justicia ofendida y para hacer que el pecador se rinda a la gracia de su conversión.*

Así dijo Jesús y al consentir yo a sus palabras, me encontraba de nuevo en el cuerpo. Me es imposible decir qué sufrimientos sentí cuando me encontré en contacto con mi cuerpo: Basta decir que, como si no pudiese ya contener a mi espíritu, sentía que mi cuerpo se expandía y se dilataba todo, mientras al mismo tiempo el espíritu se sentía como comprimido, deprimido y privado de vida y como en acto de exhalar el alma. Solo Jesús era testigo de todo lo que yo sufría entonces y podría decir cuán desgarradoras y atroces penas toleraba mi alma y mi cuerpo.

Pero vive Dios, que después de algunos días de sufrimientos, Jesús me hacía ver a ese pecador convertido, a esa alma ya salvada y me decía: *¿Estás contenta como lo estoy yo? Y yo: Sí, sí*⁴³.

Una vez, como Jesús no venía, estaba pensando entre mí, tal vez Jesús no venga más y me deje en abandono. Y no decía más que *ven, amado mío, ven*. De improviso vino y me dijo: *No te dejaré, nunca te abandonaré. Tú ven, ven a mí.*

De inmediato yo corrí para ponerme en sus brazos; y estando así, Jesús volvió a decir: *No solo no te dejaré, sino que por tu amor no abandonaré a*

⁴³ Vol 1, pp.179-181.

Corato. Luego, casi sin darme cuenta, en un instante desapareció, quedándome yo con más deseos de verlo que antes y le iba diciendo: *¿Qué me has hecho? ¿Cómo te has ido tan pronto, sin siquiera decirme adiós?*

Mientras desahogaba mi pena, la imagen del Niño Jesús, que tengo a mi lado, parecía que cobraba vida y de cuando en cuando sacaba fuera la cabeza de dentro de la hornacina, para ver qué estaba haciendo. Cuando veía que me daba cuenta, enseguida se ocultaba dentro.

Yo le dije: *Se ve que quieres portarte como un niño. Me siento enloquecer de pena, porque no vienes y tú te pones a bromear; bien, juega y bromea, que yo tendré paciencia.*

Una mañana mi dulce Jesús quería continuar haciéndome bromas y en su diversión venía, me ponía sus manecitas en la cara en ademán de querer acariciarme, pero cuando iba a hacerlo, desaparecía. De nuevo venía, extendía sus brazos a mi cuello, haciendo ademán de querer abrazarme, pero al extender yo mis manos para abrazarlo, se me escapaba como un relámpago sin que yo pudiera encontrarlo. ¿Quién puede expresar las penas de mi corazón? Mientras mi pobre corazón nadaba en este mar de dolor inmenso, hasta sentir que me faltaba la vida, vino la Madre Reina, trayéndolo como niño entre sus brazos, y así nos abrazamos los tres juntos, la Madre, el Hijo y yo; de modo que tuve tiempo para decirle: “Mi Señor Jesús, me parece que me has retirado tu gracia”.

Y él: *¡Eres tontita! ¿Cómo dices que te he retirado mi gracia, cuando estoy en ti? ¿Y qué es mi gracia sino yo mismo?”*⁴⁴.

BELLEZA DE JESÚS

Pasados cerca de tres meses, desde que me hice víctima perenne, quedándome en mi lecho, para que me fueran comunicadas por Jesús sus penas y dolores juntamente con sus dulzuras, vino él una mañana, con aspecto todo amable de graciosísimo joven, de edad de dieciocho años aproximadamente. Cuán bello era, con aquella su cabellera dorada y toda rizada que bajaba por los lados de la frente y parecía que rizaba y entrelazaba juntos los pensamientos de su mente con los afectos de su Corazón...

⁴⁴ Vol 2, pp. 90-91; 22 de junio de 1899.

Yo lo contemplaba y volvía a contemplarlo en aquel aspecto y no me saciaba de contemplarle y de exclamar: “¡Oh, cuán bellos son sus ojos purísimos, centelleantes de luz todavía más pura, pero no como la de nuestro sol, que si se lo quisiera mirar fijamente, heriría nuestra vista!”. La de mi Jesús, no; mientras es más que luz del sol, se puede fijar muy bien la mirada en él, sin que se debiliten las pupilas de nuestros ojos al mirar aquel esplendor, sino más bien se sienten más fortificadas. Si se fija la vista para ver la pupila de los ojos de Jesús, de un color celeste oscuro, no se puede ya dejar de mirar un prodigio tan misterioso de belleza, pues una sola mirada de Jesús basta para hacerme salir fuera de mí y hacerme correr en pos de él, recorriendo todo camino por valles, llanuras y montes, ya sea a través de los cielos, ya internándome en los más oscuros abismos de la tierra; más aún, basta una sola mirada de Jesús para transformarme en él y hacerme sentir en mí un no sé qué de divino, que tantas veces me ha hecho exclamar: “Oh, mi bellissimo Jesús, oh mi Todo, si solo en los pocos minutos en los que te haces ver así de mí, comunicas a mi alma tanta paz, por lo cual se pueden sufrir tormentos y mares de penas, de dolores, de martirios y sufrimientos los más humillantes, con la más perfecta tranquilidad de espíritu, ¿qué será en el paraíso gozar de tu visión beatífica, sin mezcla de dolores?”...

La voz de mi Amado es tan suavemente penetrante, que enamora tocando cada fibra del corazón, en el cual se producen en menos de lo que se dice, los más vivos y cálidos afectos, tanto que el alma queda al primer trato como extasiada. ¿Pero quién puede expresarlo todo? Es tan placentera su voz que los placeres todos de la tierra, en comparación de una sola palabra articulada por mi Jesús, son menos que nada; solo hay que decir que tomados todos en conjunto no son más que mísera apariencia, en comparación con la dulce voz de Jesús... Esta es también muy poderosa en obrar las más grandes maravillas; en el mismo acto de hablar produce para el alma el efecto que quiere en ella... Ah, sí, es bella la boca de Jesús, pero soberanamente bella en el acto de hablar, en el cual se ven aquellos dientes tan nítidos y bien ajustados, que te procuran la más grande admiración, y te envía un hálito de amor tan palpitante que incendia, tira saetas y consume en el corazón de quien escucha su voz...

Mi amado Jesús, después que se hizo ver y en cierto modo contemplar con aquel aspecto poco antes descrito tan malamente por mí, emanó de su boca un hálito suavísimo y de olorosa fragancia de paraíso, que me llenó toda, así el alma como el cuerpo y en virtud de aquel hálito me llevó en pos de Sí y en menos de lo que se dice, hizo salir mi alma de cada parte del cuerpo, dándome un cuerpo simplicísimo, todo resplandeciente de purísima luz y junto con él, alzó su rapidísimo vuelo, recorriendo la gran vastedad de los cielos...

Lo primero que sintió mi alma al salir del cuerpo, fue cierto temor y temblor al seguir el vuelo de mi amado Jesús, que continuaba llevándome detrás de aquel su hálito del paraíso ⁴⁵.

Ciertamente ver a Jesús es contemplar el cielo. *Él es el más bello de los hijos de los hombres, en sus labios se derrama la gracia* (Salmo 44, 3).

PADRE JUAN BAUTISTA REUS (1868-1947)

Este sacerdote jesuita, siervo de Dios, nació en Alemania y vivió casi toda su vida en Brasil. Dios derramó sobre él multitud de gracias sobrenaturales. Él escribe en su Autobiografía.

Lo primero que hacía yo al despertar por la mañana, era saludar a Jesús y a veces encontraba a Jesús al pie de la cama como esperando mis saludos ⁴⁶.

Durante un éxtasis en la misa, recibí un beso de la Santísima Trinidad. Después me acogió Dios en su amante Corazón. Oh, inmensa gracia . Ese beso de la Trinidad fue acompañado de una reconfortante promesa: “Unidos para el beso eterno” ⁴⁷.

El 1 de octubre de 1912, tú, Señor, viniste a mi encuentro con tu bendición y permitiste que reposase en tu divino Corazón ⁴⁸. *El 7 de octubre también permitiste que reposase en tu Sagrado Corazón. La amada Madre de Dios estuvo con su Niño Jesús del mismo modo que ayer. Después sentí la presencia de una gran multitud de ángeles. Después vino un ángel a mi encuentro con el fin de vestirme con una especie de manto y ponerme un anillo en la mano para que yo fuera un hijo de Dios ante la Santísima Trinidad* ⁴⁹.

El 16 de octubre de 1912 pude reposar en su Sagrado Corazón. Estuvo también la Virgen María y después vino santa Teresa de Jesús, a quien le pedí muchas gracias ⁵⁰.

El 29 de mayo de 1917 sentí en mi pecho a Jesús vivo. Cuando entré en mi cuarto a preparar los puntos de meditación para los hermanos, sentí y vi claro al Señor Jesús en mi corazón de modo que quedé quieto y abracé a mi Señor y lo

⁴⁵ Vol 1, pp. 144-149.

⁴⁶ A 30.

⁴⁷ A 421.

⁴⁸ A 483

⁴⁹ A 490.

⁵⁰ A 509.

adoré. Después, este hecho se repitió y hoy en la meditación se dio el mismo fenómeno, de modo que no sé cuántas veces repetí: “Mi amor vive en mí y yo en él”. Y todavía lo siento y lo veo ⁵¹.

El 8 de abril de 1937, y eso me ha pasado varias veces, cuando después de las oraciones al pie del altar, subía al altar, vi en el altar a Jesús con los brazos abiertos, esperándome... Después me abrazó ⁵².

El 7 de mayo de 1937, cuando abrí el sagrario para distribuir la comunión, vi el rostro del amado Salvador sobre las hostias, más o menos como el día 24 de marzo ⁵³.

El 3 de julio de 1939 y el 22 de abril de 1941, al momento en que puse mis labios en el cáliz con la sangre preciosa de Jesús, se hizo presente Jesús crucificado. De la santa llaga de su costado bebí su preciosa sangre, sangre viva y santa. Solo observé un poco los contornos del cáliz.

El 14 de agosto de 1938, después de la consagración, el amado Salvador me abrazó lleno de compasión. Después de la comunión, estaba con los brazos extendidos y de nuevo me abrazó, pero era un abrazo de las tres personas divinas al mismo tiempo ⁵⁴.

El 26 de diciembre de 1938 el Niño Jesús me abrazó con su brazo izquierdo y su cara la juntó con la mía. Desde entonces eso me sucede muchas veces ⁵⁵.

En un éxtasis, después de la consagración, vi cómo nuestro Señor se desprendió de la cruz y me abrazó con ambos brazos. Esto se aplica sin duda a todos los sacerdotes y es señal del amor infinito de Jesús que abraza y atrae hacia sí al sacerdote.

El 13 de marzo de 1939 sentí el beso de Dios en los labios y tuve la certeza de que este era el beso que de ahí en adelante duraría por toda la eternidad ⁵⁶.

El 30 de noviembre de 1939, en la misa de ordenación de 10 jesuitas, de un carmelita y de uno de la Congregación de la Sagrada Familia, en un cierto

⁵¹ A 930.

⁵² A 1875.

⁵³ A 1885.

⁵⁴ A 2334.

⁵⁵ A 2457.

⁵⁶ A 2572.

momento, vi al Salvador tan grande, que los rodeaba a todos con sus brazos abiertos, incluido el arzobispo ordenante ⁵⁷.

El 12 de agosto de 1940 el Salvador se inclinó hacia mí y me rodeó con sus dos brazos y me apretó contra él con amor. Así quedé descansando en su Sagrado Corazón ⁵⁸. *El 16 de mayo de 1942 al recibir la comunión, Jesús me abrazó.*

El 24 de julio de 1942, en un éxtasis después de la comunión, vi cómo nuestro Señor me abrazaba, permitiendo que mi frente descansase sobre su Sagrado Corazón, al mismo tiempo que yo oía las palabras: Acércate a mi Corazón. Esto se dio en presencia de María, de san Ignacio de Loyola y de una legión de ángeles. He aquí un símbolo de los efectos de la sagrada comunión, efectos que son para cualquier sacerdote animado de viva fe, aunque no lo experimente con los sentidos.

Otro día el Espíritu Santo descendió con amor infinito y me besó esta vez en la boca, no en el corazón ⁵⁹. *El 14 de septiembre de 1943, al besar el altar, al comenzar la misa, percibí cómo mi beso tocaba los labios santos de Jesús. Estos besos de Jesús los recibí todos los días desde el 24 de enero al 2 de marzo de 1945.*

El 30 de julio de 1945 escribe: Hoy celebro mi 52 aniversario de ordenación sacerdotal, que fue el año 1893 en la catedral de Bamberg. Después de la consagración, me vi arrodillado ante el Salvador, que me impuso las manos, renovando mi ordenación. Lo mismo hizo el Padre celestial. El Espíritu Santo, demostró su amor a través de rayos que, saliendo de él, bajaban sobre mí. La Virgen y san Ignacio también me impusieron sus manos, bendiciéndome. Alrededor había muchos ángeles. En la comunión Jesús me abrazó y después de beber la santísima sangre, él me permitió beber de su divino Corazón ⁶⁰.

La visión del Niño Jesús se repitió del 26 al 30 de diciembre. El 31 de diciembre escribió: La visión del Niño Jesús continúa. En vista de los cariños que recibo de él, me gustaría que me tragase la tierra, por sentirme indigno ⁶¹. *Y continuó la visión del Niño Jesús el 1, 2 y 3 de enero. El 4 de enero, al oír confesiones, vi al Niño Jesús después de una absolución, puso su rostro en mi*

⁵⁷ A 2852.

⁵⁸ A 3139.

⁵⁹ A 208.

⁶⁰ A 5077.

⁶¹ A 1835.

rostro. Y cuando caminé bajo el sol, lo vi también tan luminoso que superaba a los rayos del sol ⁶².

El 27 de marzo de 1937 vi después de la consagración en la hostia consagrada el rostro de Jesús ⁶³.

El 25 de marzo de 1938, después de la consagración, vi repentinamente al Niño Jesús casi de tamaño normal delante de mí sobre el altar. Estaba en medio de un sol radiante y esparcía sus rayos hacia el infinito. Esta visión me parece que es una señal de que lo acontecido, no valía solo para mí, sino que esas gracias llegarían también a los que estaban lejos ⁶⁴.

El 21 de diciembre de 1941, antes de la comunión, al momento de decir: *Yo no soy digno*, vio delante de él al Niño Jesús, que le imponía su manita sobre la cabeza en señal evidente de perdón de todos sus pecados. Y al decir: *El Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo* se dio cuenta de cómo el Niño Jesús en persona tenía en su mano la santa hostia y se disponía a darle a él la comunión.

El 8 de enero de 1942, fiesta de los Inocentes, dice: *Durante la misa contemplé, antes de la consagración, al Niño Jesús rodeado de multitud de niños inocentes, rodeados a su vez por multitud de ángeles y por la Santísima Trinidad.*

El 11 de agosto de 1943, antes de la comunión, apareció el Niño Jesús. Lo vi sonriéndome y extendiendo sus brazos hacia mí. A partir del 10 de agosto de 1943 contemplaba casi todos los días a nuestro Señor en el altar, en la hostia santa, bajo la forma de Niño. A veces desaparecía y después reaparecía, como si quisiera jugar ⁶⁵.

MÍSTICA TERESA MUSCO (1943-1976)

Teresa desde muy niña tenía mucha devoción al Niño Jesús. *Tenía un Niño Jesús de cartón y se le presentaba vivo y hablaba con ella. El Niño le decía: “¿Me amas?”. Ella respondía: “Sí”. Y ella le preguntaba a su vez: “¿Y tú me amas?”. Y Jesús le decía: “Sí, te amo y estaría dispuesto a sufrir de nuevo la muerte en cruz por ti”* ⁶⁶.

Cuando Teresa tenía cinco años fue a visitar a su hermana mayor, que había entrado de religiosa de la Caridad y le regalaron un Niño Jesús pequeñito.

⁶² A 1839.

⁶³ A 1866.

⁶⁴ A 2193.

⁶⁵ A 4688.

⁶⁶ Borra Giuseppe, *Teresa Musco, martire di amore*, p. 168.

Ella lo agradeció mucho. Lo envolvió en un pañuelo y lo llevaba siempre consigo. De noche y de día ⁶⁷. *El 15 de julio Teresita oyó la voz del Niño Jesús. Ella le dijo: “¿Qué quieres?”. Y él respondió: “¿Me amas?”, pero ella no respondió* ⁶⁸.

Al día siguiente, mientras estaba en la terraza con su hermanito vio a su Niño agrandarse y le oyó decir: “Teresita ¿me amas?”. Respondió: “Sí” ⁶⁹. *El 31 de julio por tercera vez el Niño le pregunta: “¿Me amas?”. Ella responde que sí y el Niño le dice: “Tu familia te hará sufrir mucho. Serás incomprendida y maltratada, pero estaré a tu lado y la Mamá celeste te guiará”* ⁷⁰. *El 27 de agosto de ese año 1948 Teresita oyó la voz de su Niño y le pregunta: “¿Qué quieres?”. El Niño responde: “Teresa, deseo que todo lo ofrezcas por los pecadores. Hay muchos que van al infierno, porque pecan especialmente contra la pureza* ⁷¹.

AMOR DE JESÚS

El 15 de agosto de 1950 viene la Virgen y le habla de los escándalos y blasfemias que hieren el Corazón de Jesús. Después viene Jesús con una gran cruz sobre la espalda. Teresita coge su pañuelo y trata de limpiarle la sangre que caía de su rostro. Ella le preguntó: “¿Quién te lo ha hecho?”. Jesús le respondió: “El viernes te lo contaré, pero no se lo digas a nadie”. La bendijo y desapareció ⁷². *El viernes 20 de octubre Jesús se presenta, la toma de la mano y le hace escribir: “Después de la última Cena, después de haber instituido la Eucaristía, dejé el Cenáculo, anunciando a los apóstoles que Pedro me negaría y otro me traicionaría. Todos protestaron diciendo que eso no lo harían jamás. Era la noche del Jueves Santo y me dirigí al huerto de Getsemaní... Me inmolé por todos los pecados del mundo* ⁷³.

El 7 de enero de 1961 escribe Teresa: “Esta mañana Jesús estaba junto a mi cabecera, su dulce mano la pasaba por mi frente. Me he dado cuenta de que mi celestial esposo estaba velando junto a mí” ⁷⁴.

⁶⁷ Roschini Gabriele, *Teresa Musco, mística del XX secolo*, Ed. Ancora, 2015, p. 683.

⁶⁸ Ib. p. 687.

⁶⁹ Ib. p. 884.

⁷⁰ Ib. pp. 686-687.

⁷¹ Ib. pp. 688-689.

⁷² Ib. pp. 168-172.

⁷³ Ib. pp. 172-184.

⁷⁴ Borra Giuseppe, o.c., p. 664..

El 31 de mayo de 1964, con permiso de su confesor, el padre Pascual Mone, unió al voto de virginidad el voto de víctima y se ofreció a sí misma como víctima a la divina justicia por la salvación eterna de los pecadores ⁷⁵.

*El 30 de noviembre de 1969 Teresa sufría mucho. De pronto siente tocar a su puerta. Abre y ve a Jesús, quien la abraza y le dice: “Hija, amor mío, llora sobre mi Corazón. Quiero tenerte entre mis brazos para que pruebes un poco del amor que tengo por ti”. En ese momento dice ella, sentía un fuego interior como lo había sentido otras veces. Le dije: “Gracias, Jesús mío, por amarme tanto”*⁷⁶.

En la noche del 31 de agosto de 1972, Jesús toma el corazón del pecho de Teresa y lo mete en su Corazón. Ella dice: “Veía mi corazón pequeñísimo en medio del Corazón de Jesús. Sacó después mi corazón como una llama ardiente y Jesús lo metió en mi pecho” ⁷⁷.

MÍSTICA MARÍA LUISA ZANCAJO DE LA MATA (1911-1954)

AMISTAD CON JESÚS

Todos los años por el día de los santos Reyes tenían costumbre las religiosas de ponernos juguetes en la cama. No recuerdo fijamente si era el primero o segundo año. Lo que sí recuerdo es que días antes nos dijo la Superiora: “Van a venir los Reyes con juguetes para las niñas. Si queréis que os traigan muchos, tenéis que prometerme una cosa. ¿Lo haréis?”. Todas respondimos que sí. Pues bien, repuso: “No volveréis las cabecitas, cuando estéis en la capilla, sobre todo en la santa misa, porque con eso llora el Niño Jesús. Ya veréis cómo a la que mejor lo cumpla, Él dirá que le pongan más juguetes”. Desde aquel día, cada vez que entraba en la capilla, recordaba las lágrimas del Niño Jesús y, a pesar de tener sólo cinco o seis años, no volví a disgustarle con esto. No tuvieron que advertírmelo más. Llegada la noche de Reyes, las religiosas, simulando que eran los Reyes, nos colocaron los juguetes en las camas. Yo estaba despierta, pero estuve muy quietecita. En cuanto oí que las Reyes no estaban en la habitación y cerraban la puerta, me vestí con mucho cuidadito. No podía temer ser descubierta, pues sólo dormíamos en esa habitación cuatro y las otras tres estaban como troncos. Después de vestida, me subí el vestido y coloqué mis juguetes dentro, y como no podía bajar con las muletas, determiné bajar a rastras hasta llegar a la capilla. Ignoro si la puerta estaba abierta o cerrada, solo sé que yo entré, llamé a Jesús y salió a jugar. Le

⁷⁵ Roschini, p. 1163.

⁷⁶ Ib. p. 1978 Ros.

⁷⁷ Borra, p. 986.

*enseñé mis lindos juguetes. Le di gracias por habérmelos dado, y le pedí perdón por mis faltas de respeto de volver la cabeza y le prometí no hacerlo más. Jesús estaba contento. Me perdonó. Jugamos un rato y después nos despedimos con muchos besos y marché a la cama*⁷⁸.

EL AMOR A JESÚS

*Un día Jesús se acercó a mí y me dio un beso en la frente, aunque este beso más que en la frente yo lo sentí en el corazón. Al mismo tiempo, me dijo: “¡Cuánto te amo, pequeña mía!”. Y desapareció dejando mi alma llena de amor y paz, que solo Jesús puede dar*⁷⁹.

*El día de la Purísima Concepción, tenía lana para hacer un colchoncito al Niño Jesús, y al mismo tiempo estaba haciendo las aplicaciones de cómo haría ese colchón dentro de mi corazón para que Jesús descansara a su placer. Estaba tan entusiasmada en esto, que no me daba cuenta de cuanto me rodeaba. Me encontraba embebida en cuerpo y alma. Me parecía estar casi en el cielo. Entonces oí la voz de Jesús. ¡Cómo lo conocí! Me dijo: “¡Con cuánto gusto acepto ese descanso que me ofreces! ¡Esposa mía de mi corazón!, abrígame y dame amor por los que me lo niegan”*⁸⁰.

Un lunes se me apareció Jesús y me preguntó si lo amaba. Yo le dije que sí. Me volvió a preguntar que cuánto. Respondí que mi deseo sería amarlo como su Madre, los santos, los ángeles, los serafines y cuantas criaturas lo aman sobre la tierra.

Por tercera vez me volvió a preguntar y le dije que con todo mi cuerpo, alma y mente. Bien sabía Él que mis anhelos, deseos y afectos los tengo puestos en amarle y servirle con la máxima perfección.

*Entonces me dijo: Hijita, esposa mía, acepta los sufrimientos que te envió para alegrar mi corazón de los sufrimientos que me dan muchas almas al despreciar mis ofertas, dadas con tanto amor para unirlas a mí y hacerlas mías. ¡No me lo niegues! Así se lo prometí, pero soy tan débil que todo lo temo de mí*⁸¹.

El 1 de julio de 1949 Jesús me dijo: Hijita de mi Corazón, estoy triste, muy triste, pues continuamente me veo ofendido, despreciado e injuriado. Las criaturas de ordinario se emplean en ocupaciones y en distracciones que les

⁷⁸ Autobiografía, pp. 44-45.

⁷⁹ Confidencias de Jesús y María, p. 66.

⁸⁰ Carta del 13 de diciembre de 1943.

⁸¹ Antología, pp. 157-158; (carta del 3 de marzo de 1944).

roban mi amor y, embotadas, llenas de lo que Yo no soy, no me recuerdan y, olvidando mis beneficios, no hay en sus corazones un átomo de amor para mí ⁸².

Y ella anota en otra ocasión: *Llevo dos días que Jesús está más travieso. No cesa de hacerme mimos y reclamarme amor. Anteayer estábamos rezando vísperas, me abrasaba vivita. No pude evitar que se diera cuenta la Comunidad, pero no ha parado aquí. Ayer tuve que escribirle dos cartas, pues la primera iba sin pies ni cabeza. Además estaba tan juguetón que me cogía la pluma y no me dejaba escribir. Estuvo todo el día sin parar. Frecuentemente, me preguntaba: “¿Por quién ríes? ¿Por quién cantas? ¿Por quién hablas? ¿Por quién andas? ¿Por quién coses? ¿Por quién comes? ¿Por quien alientas, suspiras y amas?”. Yo le respondía muy quedito: “Por ti, Jesús, todo, Jesús mío. Sólo por Ti”. Al decirle esto se ponía tan contento y daba tales brincos dentro de mí, que me era imposible contenerme.*

Yo lo hubiera querido ocultar, pero mi pequeño corazón no podía recibir la fuerza de tanto amor. Estando comiendo no me caí de milagro, pero debí hablar alto, pues las hermanas no cesaban de preguntarme cosas. ¡Qué vergüenza! Y no paró aquí. Como esto ha sido tan constante que aún sigue, estando haciendo la oración de la tarde no pude continuar leyendo, pues me faltaba aliento, tuve que dárselo (el libro) a la hermana Consuelo. Al poco de parar de leer fue tan fuerte la violencia del amor que caí sin sentido al suelo. Cuando salí de este estado, me encontré en la cama. Hoy, después de comulgar, me ocurrió lo mismo. Tuve que salir, nada más cerrar el sagrario, y no había hecho otra cosa que salir de la capilla cuando caí de la misma forma que la tarde anterior ⁸³.

MÍSTICA NATUZZA EVOLO (1924-2009)

Dios todopoderoso se fijó en la humildad de su *sierva*. El Niño Jesús jugaba con ella. También venía la Virgen María a consolarla. Natuzza era la privilegiada del Señor entre millones de niños del mundo entero.

Años más tarde, ella manifestó: *Yo no sabía ni quién era la Virgen. Empecé a verla con frecuencia desde los ocho años. Era una señorita muy bella... Imagine una bella joven de la que la gente se enamora* ⁸⁴.

A veces la Virgen María la acariciaba como buena madre y la consolaba en sus problemas cada día.

⁸² Antología, p. 69.

⁸³ Carta del 26 de septiembre de 1952.

⁸⁴ Marinelli, Valerio. *Natuzza di Paravati*. Vibo Valentia, Ed. Mapograf, vol. VI, 1993-2012, p. 231.

Dice Ana María, la hija de Natuzza: *Desde niña se le aparecía la Virgen María y pensaba que a todos les pasaba lo mismo. Por esto le habló un día al párroco, don Clemente Silipo, quien no le dio importancia y le hizo entender que eso era un don reservado a unos pocos y que debía guardarlo en secreto. En ese tiempo se dedicaba a tiempo completo a cuidar a sus hermanitos Domenico y Antonio; y por las tardes recibía la visita de un niño bellissimo que se sentaba con ellos y jugaba con ellos. Después, de improviso, se levantaba y se iba sonriendo. Antonio lloraba, porque sin un cuarto jugador no podía continuar* ⁸⁵.

Al principio no sabía quién era ese extraño amigo, pero con los años pensó que era el Niño Jesús. Y 70 años más tarde, en un mensaje de Cuaresma, Jesús le dijo: *Te escogí desde el vientre de tu madre. Me enamoré de ti... Cuando eras niña, he jugado contigo como un papá de la tierra* ⁸⁶.

Jesús y María tomaron a su cargo personal el educarla en la fe desde muy niña. Ella nos dice que *desde pequeña sentía amor por el prójimo. Cuando un niño se hacía mal en un pie, yo cogía manzanilla, la cocía en una vieja olla y limpiaba los pies de todos los niños del barrio. Decían que se les pasaba el dolor... ¿Quién me animaba a hacer estas cosas? No sé, alguna alma del cielo* ⁸⁷.

También iba al campo a coger hierbas curativas como el suco y, con el agua hervida de las hierbas, curaba incluso a adultos, especialmente de conjuntivitis y otros males de la vista ⁸⁸.

Manifiesta Natuzza: *De Jesús me enamoré desde que lo vi la primera vez. Por eso yo decía: “No me casaré nunca”... Lo veía, y me acariciaba* ⁸⁹.

Estoy enamorada de Jesús. Quiero más a Jesús que a cualquier otra cosa. Y después a la Virgen María. Entre los santos, a san Francisco de Paula, porque lo he visto el primero cuando tenía diez años. Recibo miles de personas desde 1938. Lo hago por amor a Jesús, como una misión y una cruz. Si el Señor lo quiere, estoy contenta de hacerlo. Me siento contenta, porque tanta gente viene pecadora y después se va convertida. Veo que comulgan y rezan el rosario ⁹⁰.

⁸⁵ Regolo, Luciano. *Natuzza Evolo, il miracolo di una vita*. Segrate (Milano), Ed. Mondalori, 2012, p. 21-22. A partir de ahora lo citaremos como Regolo.

⁸⁶ Marinelli VII, p. 108.

⁸⁷ Regolo, pp. 19-20.

⁸⁸ Marinelli VII, p. 34.

⁸⁹ Marinelli VII, p. 22.

⁹⁰ Marinelli III, pp. 22-23.

Su hija Anna María declaró: *Una vez me dijo: “Jesús me ha saludado”. Le pregunté: “¿Y cómo te ha saludado?”. Me respondió: “Me ha dado un besito en la frente”*⁹¹.

Natuzza refiere: *En los primeros días de mi matrimonio entró un anciano a mi casa; apenas lo vi me dio ternura y le dije: “¿Qué quiere?”. “No, hija mía, no quiero nada”. “¿Y por qué ha venido aquí?”. “He venido a hacerte una visita”. Estaba de pie y no se movía. Tenía unos ojos bellos y penetrantes. Le dije: “Si tuviera, le daría algo, pero no tenemos nada. Somos pobres”. Y ciertamente no tenía nada. “No, hija mía, me voy. Reza por mí, que yo rezo por ti”; y sonrió de una manera bellísima. Me impresionaron sus ojos y la sonrisa. Cerca de la puerta hizo como una señal de bendición. Yo me dije a mí misma: “Quizás ese anciano es un loco”... Y salió.*

Cuando salió, vi al ángel. Le dije: *¡Qué anciano! Tenía los ojos bellísimos... Y el ángel me dijo: “Tú eres una tonta: no te ha pedido nada, no te ha dicho nada. Ha levantado la mano para bendecirte. ¿Quién puede ser? Uno del otro lado”. “¿Del otro lado de la calle?”. Se sonrió el ángel y respondió: “Era el Señor. Se ha mostrado triste porque sois vosotros, el mundo, los que lo habéis maltratado. Era Jesús”.*

*He llorado durante tres días. Lo había tratado mal; pero, si hubiera sabido que era Jesús, lo habría abrazado*⁹².

Refiere Marinelli: *Un día me contó Natuzza que Jesús irradiaba una luz tan extraordinaria que iluminaba la habitación como si estuvieran encendidos varios reflectores. Una vez, ella le besó la mano y tuvo la impresión de besar una mano de carne*⁹³.

SANTA VERÓNICA GIULIANI (1660-1727)

Santa Verónica se llamaba Úrsula y ha sido una de las santas más colmadas de gracias sobrenaturales por el Señor.

Durante su niñez el Niño Jesús y Úrsula eran dos amigos inseparables. Úrsula vivía y soñaba continuamente con el Niño Jesús y con frecuencia iba a verlo al cuadro de María con el Niño que había en su casa. Y Jesús se bajaba del cuadro y ella lo acariciaba y lo tomaba en sus brazos. *Un día ella tomó una rosa*

⁹¹ Regolo, p. 250.

⁹² Marinelli VI, p. 231.

⁹³ Marinelli I, p. 141.

*fresca y el Niño, al recibirla, desapareció. Ella se quedó llorando y doliéndose, porque la había abandonado después de coger la flor*⁹⁴.

Cuando el Niño Jesús no se bajaba del cuadro para jugar con ella y dejarse acariciar, ella se quejaba a la Virgen María del cuadro y *toda animosa se subía a una silla para alcanzar el cuadro. A veces se caía y se hacía daño en la cabeza, pero no era nada grave, porque la Virgen y el Niño la cuidaban*⁹⁵.

Ella lo veía como una persona viva y se sentía a su lado la persona más feliz del mundo. Esta fue a lo largo de su vida una de sus mayores alegrías. Y ella, se hacía niña con el Niño. Jesús era su mejor amigo.

Nos cuenta lo siguiente: *A los tres o cuatro años, estando una mañana en el huerto gustosamente entretenida en coger flores, me pareció ver visiblemente al Niño Jesús acompañándome en coger dichas flores. Al punto dejé de cogerlas y me fui hacia el divino Niño con deseo de asirlo, y me pareció que me decía: “Yo soy la verdadera flor”.*

Y desapareció, dejándome cierta luz que me movía a no tomar gusto en las cosas momentáneas: me hallaba con la atención fija en el divino Niño. Se me había grabado tanto en la mente, que estaba como loca y no me daba cuenta de lo que hacía. Corría de un sitio para otro por ver si lo podía encontrar. Y recuerdo que mi madre y mis hermanas trataban de detenerme para que no siguiese corriendo, y me decían: “¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loca?”.

Yo me reía y no decía nada; y sentía que no podía estar quieta. A cada paso volvía al huerto para ver si aparecía. Todo mi pensamiento se hallaba fijo en el Niño Jesús.

Paréceme que, asimismo siendo muy niña, siempre que veía las imágenes de la Virgen y del Niño Jesús no podía saciarme de besarlas. Recuerdo que muchas veces, en la misma edad de tres o cuatro años, me iba delante de alguna imagen de la Virgen con Jesús en los brazos y le decía:

—Dadme a vuestro hijito —y me quedaba con las manos en alto, esperando a que me pusiera en mis brazos al Niño Jesús. Y cuando los de casa me daban la merienda, antes de comerla me iba ante la imagen y decía: “Jesús mío, venid, que no quiero comer sin Vos”.

⁹⁴ Sumario del Proceso de canonización, Sumario super dubio, 1800, p. 14.

⁹⁵ *Ibidem*.

Me estaba allí un buen rato, llamándolo y repitiendo: “Virgen santísima, ¡dádmelo!”. Se lo suplicaba de corazón, y me parecía a veces que aquellas figuras, pintadas como estaban, yo las veía visiblemente como personas vivas, lo mismo la Madre que el Hijo, y tan bellas, que yo me consumía de deseo de poder abrazarlas y besarlas; pero no entendía nada ⁹⁶.

Cuando llegaba el tiempo de Navidad, no cabía en mí de alegría. Más de una vez, mientras miraba al Niño reclinado en el pesebre, me parece haberlo visto lleno de resplandores ⁹⁷.

A veces, iba al aposento en que estaba la santísima Virgen con Jesús en brazos, esto es, donde había una imagen, y así le hablaba al Niño: “Jesús mío, venid conmigo, que haremos juntos las devociones: no quiero que vengan otros, sino solo Vos. ¡Oh Virgen, dadme este vuestro Hijito para que me acompañe!”. Y me parecía súbitamente ver a dicha imagen toda trocada, y hacerse muy hermosa, no viéndola ya en pintura, sino verdadera y real. En un instante se volvía como antes. Pero a pesar de marcharme por entonces del aposento, me quedaba tan fija en la mente, que, cuando tenía un momento en que nadie me pudiese ver, volvía ante mi Virgen. Todo lo bello y bueno que podía tener, se lo llevaba al Niño Jesús, y recuerdo que una vez le rogué que se dignase comer conmigo; y me parece que una sola vez tomó un bocadito ⁹⁸.

Muchas veces, mientras estaba oyendo misa, a la elevación de la hostia sacrosanta parecíame ver en ella al Niño Jesús visiblemente y sé que muchas veces gritaba en alta voz diciendo: “Ah, Ah”, y quería correr junto al sacerdote, pero mi madre me detenía. A veces veía que el sacerdote se tornaba resplandeciente como un sol y yo le decía a mi madre: “Es muy hermoso” ⁹⁹.

Un día el Jesús Niño vino como en vuelo a mis brazos y se apoyó con su cabecita sobre mi pecho de la parte del corazón. Estaba precisamente sobre él que dormía plácidamente, pero durante su sueño me hacía estar despierta y su Corazón y mi corazón se unían de tal suerte que mi corazón se convirtió pronto en un horno de amor ¹⁰⁰.

Otro día, la santísima Virgen puso al Niño Jesús en mis manos. ¡Oh Dios! No puedo explicar con la pluma lo que en aquel momento experimenté ¹⁰¹.

⁹⁶ Iriarte Lázaro, *Santa Verónica Giuliani, experiencia y doctrinamística*, Ed. BAC, Madrid, 1991, pp. 62-63.

⁹⁷ Iriarte, p. 62.

⁹⁸ Diario, tomo I, Ed. Subirana, Barcelona, 1905, p. 62.

⁹⁹ Diario, tomo I, p. 60.

¹⁰⁰ Diario, tomo VII, p. 639.

¹⁰¹ Diario, tomo V, p. 29.

Un día entre otros, habíame hecho daño en las manos, en modo tal, que iba a llorar amarguísimamente. Sin embargo, quería callar para no ser oída, y para sufrir con más pena. Súbitamente aparecióse ante mí el Niño Jesús, con semblante risueño y me dijo: “¿Qué haces?”. Y yo respondí: “Padezco por Jesús”. Y él, como jugando, me agarró de la mano y dijo: “Tranquilízate, yo quiero curarte. Procura no amar a nadie más que a Jesús. Yo soy”. Y enseguida desapareció. Al momento me encontré curada. Diéronme ganas de hacer de nuevo el mismo padecimiento, golpeándome con piedras, como entonces había hecho; pero no pude. Me parece que vino no sé quién de casa y lo dejé.

Otra vez, tenía en la mano y en el bolsillo muchas cosas de comer. No hubiera querido que me fueran quitadas. Iba a sentarme en una escalera y pensaba en lo que podía hacer para esconderlas. Súbitamente, como un relámpago, me pareció ver a dicho Niño, y me dijo: “Da por mi amor, todas estas cosas al primer pobre que venga”. Enseguida oigo a un pobre que dice: “Un poco de limosna por amor de Dios”; y entró dentro de la puerta. Le di la mitad, y lo demás quería conservarlo para mí.

Al ir a entrar en casa, encuentro otro pobre, y yo, tenía intención de darle lo que me quedaba, porque pedía con gran insistencia alguna cosa por amor de Dios. Iba a darle lo que tenía, pero la gula me hizo retener algunas cosas para mí.

Cuando llegué a casa, no podía sosegar, estar tranquila si no se lo daba todo a los pobres. Fui a la ventana y lo arrojé todo a la calle; reservé un bizcochito para mí. Por entonces no me di cuenta del defecto, porque no tenía conocimiento; pero al reprenderme ahora el Señor por esto, ¡oh! ¡Qué cosa más grande me parece que sea! Con este hecho, él me ha dado a entender cuántas faltas he cometido, por no haber tenido verdadera caridad. ¡Qué confusión, qué vergüenza y qué dolor me causan estas cosas que Dios pone ante mí, cual si las hiciera ahora! Estos dos hechos, jamás se los he manifestado a persona alguna. Ahora, Dios me hace recordar todo lo que ha obrado en mí¹⁰².

Muchas veces, cuando estrenaba algo, vestidito, corales, o cualquier otra cosa, íbame enseguida ante las imágenes de Jesús y le decía: “Venid, Jesús mío, venid que os daré todas estas lindas cosas”. Y me comenzaba a despojar de todo poniéndolo en el suelo; y de nuevo le llamaba. Y me parece que dos y más veces, él estuvo en actitud de tenderme la mano bajándola. Pero yo decía: “Bajad Vos, si queréis estas cosas”.

¹⁰² Diario, tomo V, pp. 302-303.

Recuerdo que una mañana estaba delante de una Virgen que amamantaba al Niño Jesús, y yo decía: “Venid a mí, Jesús mío, que yo también os daré leche”. Y ahora me parece recordar que en aquella ocasión el Niño se rió; miróme un poco, y luego nuevamente se cogió al pecho de la Madre. ¡Oh Dios! No sé cómo fue. No podía más. Quería llegar a dicha imagen y no podía. Cogí algo y tanto hice que vino al suelo el clavo y la imagen. Entonces acerqué a la santísima Virgen y le decía: “Yo quiero amamantar a este Niño; dádmelo”. Y veía que Jesús me miraba y se movía. Yo no sabía cómo hacerlo para amamantarlo, por lo que me quité el corpiño que llevaba y me acerqué a él en actitud de darle el pecho. Entonces le vi visiblemente dejar el seno de María y cogerse a mis pechos. ¡Oh Dios! No puedo referir lo que me ocasionó aquel acto. Me parece ahora recordar que en aquel punto quedé fuera de mí. Después de todo esto recuerdo también que estuve tres o cuatro días con un contento que no puedo explicar con la pluma.

Muchas veces iba ante alguna imagen de la santísima Virgen y decía de corazón: “Dadme este Niño, que yo le tendré siempre conmigo”. Y luego le decía a Jesús: “Venid, venid. ¡Os deseo tanto! Os daré todo cuanto tenga; venid conmigo”. Paréceme recordar que muchas veces el Niño Jesús me tendía la mano, o bien él mismo me llamaba a sí. ¡Oh Dios! Aquí no sé ni puedo referir cosa alguna, porque no recuerdo bien qué dejaba en mí todo aquello. Solo recuerdo que yo no tenía más pensamiento que él. A veces se aparecía tan resplandeciente que no podía mirarle, y sin conocimiento alguno le decía: “Sois todo mío”. Y él replicaba: “Y tú eres mía”. Entonces a gritos le decía: “Venid a mí”. Y le llamaba innumerables veces.

En cualquier sitio donde viese a Jesús y a María, me paraba; y si no podía, cuando no me veían los demás, volvía al mismo sitio, poniéndome a discurrir con Jesús, como hubiera hecho con una criatura. A veces él razonaba conmigo, contestándome a todo. A veces le veía reír, y antes de separarme de él le decía: “Soy vuestra, y Vos sois todo mío”. Y él decía: “Soy para ti, y tú toda para mí”. ¡Oh, qué contento sentía! No sabía lo que hacía.

Muchas veces vi a Jesús en una imagen como criatura visible; y una vez entre otras me parece que fui diciendo en alta voz que quería aquel hermoso Niño, y por lo menos darle un beso. Así es que una de mis hermanas lo cogió, pero yo ya no le veía como antes, sino niño de cera que estaba allí en el pesebre. Así es que dije: “No es este aquel tan hermoso”. Y lloraba amargamente, pensando que lo habían ocultado.

Otra vez, también por el mismo tiempo, estaba yo ante el Niño Jesús, y de corazón le rogaba que se dignase aceptar mi corazón; y él me dijo: “Sí lo

tomaré, y yo seré tu corazón”. Toda contenta extendí la mano para tomarlo, pero desapareció¹⁰³.

Recuerdo que una vez me regalaron unas estampas de la santísima Virgen con Jesús en los brazos; y queriéndolas yo, no me las quisieron dar, pero atisbando dónde las ponían, puse la mano en ellas, y no paré hasta que puse una en el seno. ¡Oh, cuán contenta estaba teniendo junto a mí al Niño Jesús! Pero duró poco, porque pronto se me rompió. Y yo fui de nuevo a la otra imagen compañera de ésta, y cogí el otro Niño, el cual tampoco me duró mucho, porque entre besos y caricias, presto se desgarró. Si hubiese podido, hubiera hecho lo mismo con cuantas imágenes veía; pero no podía.

A veces, cuando veía alguna imagen que me gustaba y no podía llegar a besarla, cogía un bastón o una caña y la hacía caer para tenerla en la mano, lo cual hice también muchas veces. Otras, con mesas, sillas, taburetes y demás, formaba como una escalera para encaramarme hasta alguna imagen, y en particular una de la santísima Virgen que teníamos en un aposento. ¡Me gustaba tanto! y estaba también Jesús, a quien muchas veces había visto tenderme la mano. Quería llegar hasta él para darle siquiera un beso; hice la escalera con todos aquellos trastos, subí a ella, y cayendo me descalabré de mala manera. Sin embargo no me atemoriqué, y lo hice muchas veces, ocurriendo siempre lo mismo.

Me enfadaba yo con el Niño Jesús, y poniéndome delante de él con la cabeza vendada, le decía: “¿Veis lo que me habéis hecho? Por vuestra causa tengo rota la cabeza. ¿Por qué no venís a mí?”. Me parece recordar que el Niño se reía; y yo le decía: “No os riáis, sino venid ahora. Si no venís, me romperé de nuevo la cabeza, porque de veras os quiero”. Y me sentaba allí en el suelo, añadiendo: “No me moveré de aquí, si no venís”. Así me estaba mucho rato, pero no podía sosegar, porque era como una pólvora.

Dejaba aquella imagen, y me iba a alguna otra, ante la cual hacía lo mismo, diciendo: “¿También Vos sois como aquel otro, y tampoco queréis venir?”. Iba a buscar algún manjar, y poniéndolo allí en el suelo, decía: “Jesús mío, no quiero comer sin Vos”. Esperaba un buen rato, y al fin comía¹⁰⁴.

Una vez, yendo al huerto de casa, de pequeña, en un abrir y cerrar de ojos, vi un bellissimo niño. Corrí tras él, para abrazarle, pero enseguida huyó. Yo di vueltas por todo el huerto para volverle a encontrar; y luego, toda alegre fui buscándole por toda la casa. Corría y me reía y no decía más. Pero no le pude ver más. Y el Señor me ha hecho entender que era él. No sólo se me mostraba

¹⁰³ Diario, tomo I, pp. 56-59.

¹⁰⁴ Diario, tomo I, pp. 284-285.

visiblemente, sino que hasta durmiendo, siempre soñaba con el Señor y la santísima Virgen; y me acuerdo que muchas veces, enseguida me despertaba de la alegría que tenía. Y mis hermanas me decían que muy a menudo me oían reír, mientras dormía con ellas.

Ahora el Señor me ha hecho recordar que, estando yo, ante un crucifijo, le dije de corazón: “También yo quiero estar así como estáis Vos, Señor”. Y estuve mucho tiempo con los brazos en cruz. Y por no poder alcanzar a besarle, di muchos besos a la pared donde estaba arrimado.

El Señor me ha hecho recordar que yo decía muy a menudo entre mí misma: “Yo quiero ser esposa de Jesús”; y si, por acaso, encontraba alguna imagen del Niño Jesús, le decía: “Señor, yo quiero ser toda vuestra”. Así decía, pues me acuerdo como si fuese ahora; pero no tenía conocimiento.

Recuerdo que cuando iba a casa algún niño, llevábale enseguida a hacer reverencia a mi santísima Virgen y le hacía rezar el Avemaría. A los que lo hacían, les daba de comer, acariciándoles muchísimo. Pero a veces iban algunos tan obstinados que no les podía hacer inclinar la cabeza, ni querían rezar el Avemaría. A estos les daba cachetes, y les hacía pasar la puerta diciéndoles: “No volváis más, porque no os quiero, ya que no queréis bien a mi Virgen”.

Muchas veces, cuando había flores en el huerto, hacía ramilletes y coronas que llevaba a mi Niño Jesús. Quería que las tomase; y como no podía llegar a dárselas, cogía una caña larga y se las ofrecía así, enfadándome a veces porque no tomaba las flores.

Recuerdo ahora que una vez, en tiempo de rosas, por coger una, me pinché toda con sus espinas. Llévesela a Jesús, y quería que bajase junto a mí, pues de lo contrario no le daría aquella rosa. De repente me pareció ver que aquella imagen se movía y se hacía hermosísima. Esforzábame yo en decir: “Jesús, venid”. Y añadía: “Venid”. Como un relámpago parecíame ver a Jesús ante mí. Cogióme aquella rosa, y enseguida huyó. ¡Oh, cuánto lloré! Y decía: “Me pinché toda por él. ¡Y me hace esto!”. Y lloraba tan fuerte que recuerdo que mis hermanas acudieron a ver qué tenía. Yo nada dije, pero nadie podía tranquilizarme.

Pocos días después volví ante aquella imagen, y de nuevo comencé a llamar a Jesús, y recuerdo que le dije: “¿Cómo? ¿Queréis venir, huyendo después? Mejor no vengáis, porque me la habéis hecho ya tantas veces que ya basta. Yo os llamo para que os quedéis conmigo para siempre. Esto quiero”. Todas estas cosas las he hecho muchas veces.

Recuerdo asimismo ahora que muchas veces, teniendo que llevar alguna mesa o cosa pesada, y no pudiendo hacerlo yo sola, me parecía sentir siempre como una persona junto a mí. Y muy presto veía hecho el altarcito, pero no sé cómo.

EL NIÑO JESÚS EN LA EDAD ADULTA

Ella misma refiere: Hace pocos años la noche de Navidad, siendo ya religiosa, después de salir de la iglesia las monjas, me fui allí junto al Nacimiento. Me pareció ver de repente al Niño del pesebre todo resplandeciente y como criatura viva. Le rogaba yo, pero de corazón, y le cogía la mano. Él se movía y me comunicaba un no sé qué.

Al fin me sentí como alocada y en aquel momento le dije muchísimas cosas, ya de amor y de ofrecimiento, ya de súplica. Lo tomé en mis brazos y lo estrechaba contra mi pecho rogándole que se dignase tomar mi corazón en el cual sentía yo un no sé qué nuevo. Tenía mi cabeza apoyada en la suya y no hablaba con la lengua, sino que sentía que mi alma se unía por completo a él, con su amor. Me parecía que él me trocaba en otra ¹⁰⁵.

Me dio un rapto, en el cual me parecía hallarme en un lugar espacioso y grande. Oía sonidos y cánticos, pero nada veía. Sólo mi ángel custodio, mostrábame con el dedo una gran luz a lo lejos, que venía hacia mí. En un instante vi venir muchos santos y santas, todos los cuales formaban círculo alrededor de un trono que había allí en medio de dicho lugar.

Y de nuevo oía en los aires cánticos y sonidos; pero nada veía. ¡Oh Dios! Parecía que dichos cánticos fuesen de ángeles y los sonidos del paraíso. Llenábanme el corazón, y cada vez veía acercárseme más aquella luz. De pronto apareció la santísima Virgen, llevando en brazos al Niño Jesús, quien me parecía ser el mismo que muchas veces había visto. La santísima Virgen me indicó si lo quería en mis brazos, y lo tenía de modo que parecía ofrecérmelo. Anhelaba yo tomarlo; pero me reconocía tan indigna que no osaba acercarme. Y entretanto, sentía tal ansia y deseo, que no podía más. Parecía que el corazón le llamase; y él estaba en actitud de querer venir. Súbitamente mi ángel custodio, me condujo allí y Jesús me dijo: “¿Qué quieres?”. Yo respondí, no sé cómo: “A Vos os quiero, mi sumo Bien” ¹⁰⁶.

¹⁰⁵ Diario, tomo I, p. 134.

¹⁰⁶ 8 de septiembre de 1697, tomo IV, p. 295.

El 22 de febrero de 1697 me pareció ver al Niño Jesús, quien me dio un beso de paz, confirmándome como su esposa ¹⁰⁷.

El 24 de febrero de 1697 por la mañana, en la comunión, tuve la visión del Niño Jesús, que se acercó a mí y, como en actitud de abrazarme, me dio el beso de la paz. Y con dicho beso me confirmaba los desposorios y todo lo que había obrado en mi alma ¹⁰⁸. Lo mismo sucedió el día 25 y otros muchos días más. El Niño Jesús se le presentaba casi todos los días en que recibía la comunión y le daba un beso de amor y la confirmaba como su esposa.

Muchas veces al ver al Niño Jesús me hacía sentir uno de esos toques del corazón, que me hacían comprender que él era el esposo de mi alma, pero con aquellas huidas repentinas parecía que me hacía morir de pena. A veces me parece que se lleva mi corazón. Es inútil que yo lo llame con muchos nombres y títulos: nada lo detiene. A veces me da tiempo para decirle: “Jesús mío, ¿queréis ya desposaros conmigo? ¿Por qué no os quedáis? Esposo mío querido, no hagáis el fugitivo. Quedaos conmigo”. He experimentado que a veces, hablándole así, se queda un poco más, pero sucede pocas veces ¹⁰⁹.

En la mañana del 27 de enero de 1703, mientras mi confesor celebraba la misa, el Niño Jesús me ha quitado el corazón y me parecía que lo tuviera sobre el altar como las veces pasadas. Antes de empezar la misa, me ha parecido que mi ángel custodio me ha avisado de parte de mi confesor que me preparara para la comunión. Durante la misa, por dos veces; me ha hecho entender lo mismo. Y mientras el sacerdote comulgaba, nuevamente me ha dicho mi ángel: “Ahora debe darte la comunión también a ti”. He visto a Jesús sacramentado en las manos de mi ángel custodio, quien me ha dicho las precisas palabras que se dicen en la comunión, y al recibir la sacratísima hostia, he experimentado en mí los mismos efectos de la comunión sacramental ¹¹⁰.

Una tarde se me apareció el Niño Jesús y me iba mostrando un camino del todo espinoso; y él corría por aquellas espinas llamándome también a mí. En un instante estuvo al fin del camino y me hizo entender que aún no debía yo andar por él, pero que en breve tendría que pasar por el mismo, que no temiese, porque él vendría conmigo. Con cuánto gusto hubiera abrazado a aquel hermoso Niño que atraía a Sí mi corazón ¹¹¹.

¹⁰⁷ Diario, tomo III, p. 335.

¹⁰⁸ Diario, tomo III, pp. 337-338.

¹⁰⁹ Iriarte, p. 141.

¹¹⁰ Diario, tomo VI, p. 253.

¹¹¹ Diario, tomo III, p. 171.

Una Navidad, estando ante el Niño Jesús en el pesebre, le rogaba que concediese alguna gracia a mi alma y le pedía de corazón su amor. De pronto, me pareció quedarme como fuera de mí; se me representó el Niño Jesús y me dijo: “¿Qué deseas?”. Yo respondí: “¡A Vos, Sumo Bien mío!”. Y me pareció que me replicaba: “¿Qué es lo que pides?”. Yo repliqué a mi vez: “¡El amor vuestro!”. Y replicó de nuevo: “¿Qué es lo que quieres hacer con mi amor?”. Yo repuse: “¡Amar a quien tanto me ama, que sois Vos!”.

Al mismo tiempo me concedía cuanto yo expresaba; pero yo no entendía nada. Sentía en mi corazón como una llama ardiente; todo mi anhelo era amar a Dios. Aun después de volver a mis sentidos, me quedó un no sé qué; me parecía no poder hallar sosiego. Fuese donde fuese, estuviese donde estuviese, hiciese lo que hiciese, el Niño Jesús seguía en mi mente tan al vivo como lo había visto.

De todo esto no hablaba con nadie, ni siquiera con el confesor; trataba de hacer lo que estaba de mi parte y buscaba ocasiones de padecer. A pesar de ello, cuando a veces ocurría alguna cosa, la sentía al vivo, ya que en mí no había ni sombra de virtud, sino que yo era toda sensibilidad y, por ser de natural colérico, tenía que habérmelas muchas veces con esta humanidad mía. Es cierto que, cuando cometía alguna falta, tenía tal pena y dolor, que andaba con gran cuidado para no volver a caer de nuevo.

A veces, mientras me ocupaba en las faenas del convento, como acarrear agua y leña, barrer y cosas semejantes, me sentía sin fuerzas para hacerlo; a pesar de lo cual, siendo esos quehaceres propios de las novicias, me ponía a hacer todo, y decía dentro de mí: “Jesús mío, venid conmigo, que así todo se me hará fácil”.

Lo decía sin recapacitar; pero, a veces, le veía de pronto a mi lado, y luego desaparecía. Me dejaba tal vigor, que no sólo hacía todo el trabajo, sino que hubiera hecho todavía más ¹¹².

Después de mucho tiempo de estar en la Orden, me hallaba pensando en un cuadro (de mi infancia, de María con el Niño Jesús) y a quién habría ido a parar porque yo se lo pediría para que volviese a mis manos. Muchas veces pensaba en él, y se lo decía a las hermanas, a quienes manifestaba cuánto hubiera deseado poder tener cierto cuadro que había en casa. Ellas decían: “Enviadlo a buscar. Y yo contestaba: “¿A quién, si nadie tengo?”.

Encomendábame un día a la santísima Virgen, pidiéndole la gracia de que volviese a mí; y me parecía oír en íntimo del corazón: “Está tranquila que

¹¹² Iriarte, pp. 91-92.

vendré”. No sé cómo fue. Un día vino cierta limosna, y entre otras cosas venía un envoltorio, que no se veía lo que era porque estaba muy bien atado. Oí en lo más íntimo de mi alma que María santísima me decía: “Ya he venido”. Cogí aquel envoltorio, y dije con alegría: “Aquí está la imagen que tanto deseo”. Las hermanas comenzaron a reírse de mí. Se abrió el envoltorio y efectivamente allí estaba. Creí volverme loca de alegría, y la hubiera querido tener en la celda, pero no me fue concedido. Destináronla a la estancia del noviciado, aunque me la concedieron por la primera noche, durante la cual María santísima renovó en mí todas las gracias que me había concedido de pequeña, esto es, puso a su hijito en mis brazos, me abrazó más de una vez y me dio su purísima leche. Muy frecuentemente la visitaba después que hubo sido colocada en el noviciado; pero, por no causar extrañeza, hacíalo por la noche ¹¹³.

Muchas veces el divino Niño bajó de los brazos de su santísima Madre, viniendo a abrazarme, como hacen los niños; pero al instante se volvía a los brazos de María santísima.

Ahora he recordado que una vez me quité los corales que llevaba al cuello, y le dije a Jesús que, si venía, se los daría. Y me parece que María santísima y Jesús bajaron allí al suelo, donde yo estaba, y tomando Jesús los corales, se los puso al cuello, lo cual me causó gran contento. Pensaba que me los devolvería; pero se estaba quieto y le gustaban. Yo no sabía cómo hacerlo, porque los quería; y al cabo de un rato se los pedí. Quitóselos del cuello riendo, y se los dio a la santísima Virgen, quien me los devolvió, dándome un amoroso beso, y lo mismo hacía Jesús. Estas simplicidades mías se repitieron muchísimas veces con la imagen que tiene el canónigo Carsidoni.

Esta santísima imagen está de tal manera impresa en mi mente, que siempre me parece estar viéndola a la manera que se me mostraba cuando yo era chiquitina. Dábame advertencias como madre amorosa; y entre otras me dijo un día: “Hija ¡te ama tanto este Hijo mío! Prepárate que será tu esposo”. Y yo me propuse no querer otro esposo más que él; y desde aquel día quedó en mi corazón gran amor y ansia de Jesús. Después de haber hecho este pacto con él, iba a verle más frecuentemente. Todo lo que me daban hermoso y bueno, iba a enseñárselo a Jesús. Me dijo un día: “Te quiero mucho. Procura no poner tu amor en otro, sino que sea todo para mí”. Y yo contesté: “Jesús amado, ¡os quiero tanto! Enseñadme el modo como me debo portar”. Y dirigiéndose a la santísima Virgen dijo: “Sea guiada por Vos esta nuestra amada hija”. Y ella prometió hacerlo, de lo cual he experimentado los efectos.

¹¹³ Diario, tomo I, pp. 274-275.

Otra vez, hallándome yo encolerizada con el Niño, porque no había querido venir conmigo a hacer altarcitos, fui, pero ya no lo invité. Hacía la enfadada con él, y no lo quería invitar más. Él me dijo: “¿Por qué no me llamas?”. Y yo hosca. La santísima Virgen me dijo: “Hija, este mi Hijo quiere ir a ti”. El Niño se vino a mis brazos, como volando, y yo toda contenta me lo quería llevar; dirigiéndome a María santísima, le dije: “No penséis volver a verle”. Apenas hube dicho esto cuando, de un vuelo, el divino Niño volvió a los brazos de su Madre santísima ¹¹⁴.

Esta mañana, cuando he tenido la noticia de la santa comunión, el corazón ha saltado de alegría. Cuando hube comulgado, me ha sobrevenido de pronto un recogimiento (éxtasis) con la visión del Niño Jesús, quien me ha dicho: “Ánimo, esta mañana quiero hacerte descansar un poco sobre mi Corazón ¹¹⁵.

Después de la comunión vi al Niño Jesús... El Señor tomó un rosario que yo tenía en la mano. Lo besaba y luego lo mostraba a la Virgen. De pronto vi muchos santos, particularmente al padre san Francisco, san Felipe Neri y santo Domingo. Todos estos santos gozaban mucho con cuanto el Señor hacía conmigo. En esto el Señor me volvió a poner el rosario en el brazo y yo le dije: “Esposo mío, yo quisiera que este rosario lo pusierais también en manos de la santísima Virgen y de todos estos santos y particularmente de estos tres que me hacéis conocer”. Él me aseguró que me complacería en esto... Y me dio el beso de la paz ¹¹⁶.

De nuevo Jesús cogió el rosario que yo llevaba al cuello y se lo dio a la beatísima Virgen y ella se lo tendió a san Felipe Neri, y éste con el mismo rosario tocaba los pies del Niño Jesús. Por fin dicho santo se lo tendió a Jesús y el Señor volvió a ponerlo en mi cuello ¹¹⁷.

En la Navidad de 1702, al hacer la procesión con el “Niño”, la Madre me dio a mí el Niño para que lo llevase. Enseguida dicho Niño se convirtió en niño de carne palpable y tan caliente que, al llevarlo, me quemaban las manos y me sentía inflamar el corazón. Me parecía que, al entrar en la celda de las hermanas, el Niño se transformaba. Tan pronto lo veía completamente contento como disgustado. Lo vi contento en ocho celdas, en las demás se mostró disgustado. De vez en cuando se le inflamaba la cara, lo que también notaron las hermanas. Al llevarle a la enfermería, se turbó más que en todos los demás

¹¹⁴ Diario, tomo I, pp. 276-279.

¹¹⁵ 3 de mayo de 1697, tomo IV, p. 21.

¹¹⁶ 5 de mayo de 1697, tomo IV, p. 24.

¹¹⁷ 8 de mayo de 1697, tomo IV, p. 30.

lugares y parecía que fuera allí como a la fuerza. Al volverle a llevar al pesebre, de nuevo se volvió como actualmente está ¹¹⁸.

El 28 de febrero de 1703 se hizo la procesión del “Niño” en el pesebre por las presentes necesidades de los terremotos. Mientras lo llevaba, este Niño se transformó por tres veces en niño de carne y parecía que me quisiera abrazar y yo me quedaba alocada de su divino amor... El santo Niño tenía tanto fuego que, al llevarle, me quemaba las manos ¹¹⁹.

Hoy 25-XII-1703, mientras se ha hecho la procesión con el santo Niño, en un instante se ha transformado, quedando muy bello y alegre. Al entrar en nuestra celda, parecióme verle súbitamente con una cruz sobre los hombros, y fue cosa tan evidente, que me causó un poco de dolor. Comprendí que pronto me vendría un nuevo padecimiento; y yo lo acepté todo. En este momento lo vi tan alegre, que también a mí me hacía enloquecer de alegría.

Cuando lo llevé a la celda de sor L., parecía que no quería ir allí. Yo le encomendé dicha alma; me ofrecí a penas y tormentos, a fin de que ella se convirtiera toda a él; y me parece haber tenido en aquel instante una cierta esperanza de que esta criatura se haya de enmendar con el tiempo. En este punto el divino Niño quedó bello como antes.

En la celda de sor V. y de sor M., me pareció que se pusiera un poco melancólico; pero súbitamente se volvió bellísimo, y ha permanecido con esta belleza, hasta que estuvo en el santo pesebre. Yo no sé; siempre que iba a visitarle lo hallaba casi siempre tan alegre que parecía de carne ¹²⁰.

El 22 de diciembre de 1705 se hizo la procesión anual del Niño del pesebre. Me pareció que al tomarlo, súbitamente se transformó en Niño de carne. Al conducirlo por todas las celdas tomó varias mutaciones. La primera, la de sor C. Yo rogué para que Jesús hiciera que esta hermana se convirtiera en verdadera observante de la Regla. Yo tenía una mano a los pies del Niño y en aquel momento me pareció sentir como si me hubiera empujado con sus piecitos. Se transformó su cara, pero después quedó como antes.

La segunda fue la de sor S. C. Al entrar me pareció que Jesús se quedó tan pálido de cara que me causó terror y sentía que con sus piecitos empujaba mi mano para no entrar en dicha celda. Todo esto me causó gran pena en mi interior. Rogaba al Niño que quisiera ablandar el corazón de dicha hermana. La

¹¹⁸ Diario, tomo VI, pp.195-196.

¹¹⁹ Diario, tomo VI, pp. 307-308.

¹²⁰ Diario, tomo VI, pp.472-474.

tercera fue la de sor D. El santo Niño transformó su cara y se quedó pálido aquí también. Todo esto me movió a llanto, pero me contuve cuanto pude. Al salir de esta celda el Niño se quedó bello como de costumbre.

La cuarta fue la de sor D. Aquí también el Niño se transformó; pero no tanto. Yo comprendí que dicha hermana hacía regalos propios de seglares y no según la Regla. La quinta fue la de sor G. Aquí el divino Niño se hizo tan pesado que creía no poder llevarlo más. No hubo medio de que pudiera colocarlo sobre el altarcito. Me pareció que dicha hermana era propietaria y se proveía de cosas superfluas para sí y para las demás. En la sexta celda no se transformó, pero me hizo entender que dicha hermana tenía propia voluntad. Y yo le dije a ella: “Haced ofrecimiento a Jesús de vuestro corazón y de vuestra voluntad, cambiad de vida, si queréis amar a Jesús”.

En la séptima, el divino Niño se hizo bello con colores en la cara y lleno de júbilo. En la celda ocho quedé como sin sentido. El Niño de escultura se transformó en carne palpable y me dijo en el corazón: “Esta esposa mía es de mi gusto. Haz que ella se conserve con pureza y sencillez”.

En la celda nueve entró lleno de gozo. En la celda diez no hizo transformación alguna. Solo me pareció entender que yo debía ayudar a esa alma. En la celda once se quedó más colorado y lleno de júbilo. En la celda doce se mantuvo muy bello.

En la celda trece quedó el Niño de buena gana y me pareció que lleno de contento me dirigió una amorosa mirada. En la celda catorce se quedó más colorado que nunca. En la celda quince, mi celda, me arrebató los sentidos y me hizo conocer cuánto amaba a mi alma. Me dio un cariñoso beso. En la celda dieciséis me pareció que se llenaba de regocijo. En la diecisiete quedó lleno de contento y no hizo mutación alguna. En la celda dieciocho se hizo palpable y me pareció que con sus piecitos hacía esfuerzos contra mi mano que lo tenía como si no hubiera querido entrar en esa celda. En la diecinueve se volvió todo colorado y contento. En la veinte me pareció todo turbado y tan pálido que me causo gran pena. En la celda veintiuna quedó bello y colorado como está siempre ¹²¹.

El 14 de mayo de 1715 Jesús Niño con sus caricias y sus enseñanzas me hizo enloquecer y de tal manera me encuentro que no hallo modo de escribir las obras que hace en mi alma ¹²².

¹²¹ Diario, tomo VI, pp. 608-612.

¹²² Tomo VII, p. 627.

Jesús Niño se abrazó a mi cuello estrechamente y me comunicó su divino amor. Me decía: “Esposa mía, yo te he tomado y atado y con ligaduras de amor te tengo” ¹²³. Una mañana durante la misa tuve la visión de la santísima Virgen con el Niño Jesús. María hacía señal de que fuera allí con ella. El Niño Jesús hacía lo mismo. En ese momento he visto a mi ángel custodio que también me indicaba que fuera allí donde estaba la santísima Virgen... La Virgen puso el Niño Jesús en mis brazos. Lo que en aquel momento he experimentado no puedo describirlo ¹²⁴.

Una vez llevaron a casa a un Niño Jesús de relieve y yo deseaba tenerlo junto a mí, pero por ser yo de tan tierna edad no me lo quisieron conceder. Ocultamente fui a donde le habían dejado, poniéndome a hablar con él, y queriendo que él a su vez me hablase. Cogíale la mano y decía: “¿Por qué no me habláis, Señor? No quiero marcharme de aquí, si no me decís una palabra, o me hacéis alguna caricia”. Acercábame junto a él, empeñándome en que por lo menos me abrazase. Y pareciéndome que se movía riéndose, de nuevo le preguntaba: “¿Me queréis, Jesús mío? Yo os quiero mucho, y en prueba de ello, os beso y os abrazo. Haced lo mismo conmigo, dándome alguna muestra de que también me queréis”. Paréceme recordar que en aquel momento me abrazó y me dio un beso. Pero súbitamente volvió a ser de estuco o madera, o lo que fuese, como antes; y ya no lo veía vivo y palpable, y no podía separarme de él. Me senté a su lado y a cada momento lo traía diciendo: “Dadme otro beso”. Y así diciendo, lo besaba. No me hubiera separado jamás de él, hasta que con gran sentimiento mío acertó a verme una de mis hermanas, y enseguida me sacó de aquella habitación, temiendo que rompiera dicho Niño, y que hiciese alguna maldad de las que yo acostumbraba ¹²⁵.

Esta misma mañana, durante la sagrada comunión, el Señor me ha dado un preciosísimo abrazo y el beso de paz, diciéndome que soy su amada. ¡Oh Dios! No puedo describir con la pluma todo lo que mi alma ha experimentado entonces. No sabía si estaba en la tierra o en el paraíso. El contento era grande; y no puedo referir aquí lo que el Señor en un momento me ha comunicado. ¡Alabado sea Jesús! ¹²⁶.

Apenas comulgada, de pronto me vino un arrobamiento en el cual se me puso delante el Niño Jesús; me pareció que se me presentaba con ímpetu y me daba uno de sus besos de paz. En ese momento, yo no me di cuenta de que le daba beso alguno, pero él poco después me dio a entender que también yo le había besado y que todo fue obra de su amor, pero que el beso, que yo le había

¹²³ Diario, tomo VII, pp. 631-632.

¹²⁴ Diario, tomo V, p. 88.

¹²⁵ Diario, tomo I, pp. 68-69.

¹²⁶ 24 de septiembre de 1697, tomo IV, p. 319.

*dado, había sido muy de su agrado y que estuviera preparada, porque me haría muchas veces dones semejantes*¹²⁷.

ORAR CON JESÚS

*Fui a rezar el Oficio divino y me pareció comprender que estuviera tranquila, que me volverían las fuerzas suficientes para recitar el divino Oficio y que lo recitaría con la ayuda de Jesús y de María. Los dos me asistirían. Súbitamente, sin saber cómo, al entonarse los referidos Maitines, me sentí toda vigorizada y me dio cierta particular aplicación. Me parecía sentir a mi lado a nuestro Señor cual si hubiera sido una persona junto a mí*¹²⁸.

*En otra ocasión me parece que el Señor me dijo que rezara el Oficio con las demás y que él rezaría conmigo. Y súbitamente volví en mí en el preciso momento en que se entonaba Tercia y recé con las demás el Oficio divino, pero el ardor interior que sentía de vez en cuando hacía que estuviera como fuera de mí*¹²⁹.

*Estando en Maitines, mientras los rezaba, me parece que oí al Señor que los rezaba también conmigo. Oíale junto a mí, como si hubiese sido una persona; y estuve todo aquel tiempo de Maitines como fuera de mí. Sentía alguna vez aquellas llamas en el corazón; y entonces igualmente, más que de costumbre, oía al Señor. Según las palabras de los salmos, que a las veces oía; se me inflamaba cada vez más el corazón; y oía que el Señor me decía: “Aquí estoy contigo”. Así pasé todos los Maitines*¹³⁰.

Recibe la comunión de Jesús

Con mucha frecuencia a lo largo de su vida recibió la comunión, no solo del sacerdote capellán, sino también del mismo Jesús, de la Virgen María, de su ángel o de algún otro ángel como san Miguel arcángel o de algunos santos.

Ella asegura: Mientras mi confesor comulgaba, vi en aquella hostia al divino Niño venir también hacia mí con una hostia en la mano. Me dio la comunión y al mismo tiempo me pareció que él mismo viniera a mí, del mismo modo que había entrado en el corazón de mi confesor. Hoy 22 de marzo de 1703 en la misa de la mañana he recibido la gracia que tuve ayer con la particularidad de que el Niño Jesús me ha comulgado con una hostia grande

¹²⁷ Iriarte, p. 179.

¹²⁸ Diario, tomo V, pp. 150-151.

¹²⁹ Diario, tomo V, p. 152.

¹³⁰ 15 de agosto de 1697, tomo IV, p. 272.

como aquella con la que comulgan los sacerdotes y me ha dicho: “Tu confesor quisiera que yo, para darte la comunión, tomara una pequeña parte de su hostia. Es la señal que quisiera tener para estar seguro de que soy yo quien te doy la comunión” ¹³¹.

Esta mañana he recibido la comunión de mano de Jesús. Mientras tenía en la mano la santísima hostia, he visto aquella hostia sacrosanta de una claridad grande que parecía un lucidísimo cristal. Mi alma ha quedado de momento sumergida en el mar de la divina gracia ¹³².

Tocaron a misa, y no pudiendo yo asistir a ella por no dejar a las enfermas, me puse a hacer un poco de oración. Súbitamente me pareció que el Señor me arrebatase los sentidos, y en aquel punto tuve la visión del Niño Jesús, quién se me manifestaba muy alegre con una hostia en las manos, e invitando a mi alma a nueva comunión. Con su propia mano me dio la comunión. Fue tal el júbilo y contento que experimenté en mi interior, que jamás he experimentado cosa semejante ¹³³.

Cada vez que comulgaba, sentía inflamarse, mi deseo de volver a comulgar cuanto antes, y ofrecía dicha comunión en acción de gracias de la misma, y la aplicaba en preparación para la comunión que debía hacer a los pocos días. La noche antes de comulgar no había medio de poder descansar. Toda la noche la pasaba en oración y penitencias; y a cada momento invitaba al Señor. ¡Oh Dios! A veces con estas invitaciones hacía también muy frecuentemente la comunión espiritual en la que sentía tal gusto y tales efectos, como si hubiese comulgado corporalmente. Apenas lo llamaba, cuando enseguida lo sentía dentro mi corazón. Yo no entendía, ni podía comprender, cómo podéis hacer, vosotros los sacerdotes, para tener en vuestras manos a aquel Dios, sin enloquecer de amor. Esta sola idea me arrebatava los sentidos. Muchas veces tenía muy ardiente deseo de comulgar, y se lo decía al confesor; pero éste, que debía conocer que no era puro deseo, me privaba de la comunión, lo cual sentía yo no poco. Ofrecía yo a Dios ese acto de obediencia y quedaba tan en paz como si hubiese comulgado. Muchas veces, a la que iba a comulgar, el confesor me rechazaba, porque debía quizá ver que no estaba preparada para ello. Y en efecto, reflexionando un poco, conocía que no era digna de tal gracia. Pero ¡oh Dios! cuánto me disgustase no puedo explicarlo con la pluma, si bien es verdad que me quedaba tan contenta por hacer aquel acto de obediencia. Y alguna vez, después que el confesor me había rechazado de aquel modo, no queriendo darme la sagrada comunión, la hacía yo espiritualmente, y el Señor

¹³¹ Diario, tomo VI, pp. 338-339.

¹³² Diario, tomo VII, pp. 636-637.

¹³³ Diario, tomo II, p. 45.

me comulgaba, como si la hubiese hecho corporalmente, y dejándose sentir me decía: “Querida mía, he tenido sumo gusto de este tu disgusto. Pero está tranquila, pues de todos modos he venido a ti” ¹³⁴.

Otro día me dio la comunión y quedé en éxtasis. Con su propia mano me dio la comunión a sí mismo todo entero. Fue tal el júbilo y el contento que no he recibido jamás otra cosa igual ¹³⁵.

CANCIÓN

Y, para terminar, cantemos como los niños a Jesús:

*Hola, Jesús, Tú eres mi amigo.
Me quieres mucho y también te quiero yo.
Sé que estarás siempre conmigo.
Sé que te llevo aquí en mi corazón.
Amigos Tú y yo ¡Qué gran felicidad!
Amigos para siempre, amigos de verdad.*

*Hola, Jesús, ven a ayudarme,
cuando te llame, corriendo acudirás.
Si me caí, a levantarme.
Si estoy contento, Tú vienes a jugar.*

*Amigos Tú y yo.
¡Qué gran felicidad!
Amigos para siempre, amigos de verdad.*

*Hola, Jesús Eucaristía,
en el sagrario, esperándome Tú estás.
Quiero salvar a mis hermanos.
Ayúdame para evangelizar.*

*Unidos Tú y yo, en santa comunión.
Amigos para siempre, amigos de verdad.*

CONCLUSIÓN

¹³⁴ Diario, tomo I, pp. 156-157.

¹³⁵ Iriarte, o.c., p. 143.

Después de haber leído los testimonios anteriores de la vida de los santos, podemos concluir que Dios es Amor, como se nos dice claramente en la primera carta de san Juan (1 Jn 4,8). Por supuesto que no faltarán quienes dirán que todos esos testimonios son pura mentira, que Dios no existe o que es un Dios lejano y que no interviene en los asuntos de los hombres, porque no le importan y que todo termina con la muerte. Esas son sus ideas, pero lo cierto es que las personas que dan estos testimonios son personas de confianza y no se puede negar lo que nos dicen, simplemente porque nosotros no tenemos fe o porque pensamos que Dios es un Dios vengativo, que solo ama a los de sus propias ideas o religión y odia a los de otras ideas o religiones y manda que los persigan y los maten, como si tuvieran permiso expreso de Dios para hacerlo, cuando claramente nos ha señalado el gran mandamiento de *No Matarás*. Y esto solo puede permitirse en legítima defensa o en una guerra justa.

De todos modos, creamos o no, ahí está Dios, que por medio de Jesucristo nos está diciendo que es un Dios lleno de ternura y cariño. Jesús amaba especialmente a los niños y los abrazaba y besaba (Mc 10,16). Y Dios quiere que le llamemos papá. Lo niños judíos llamaban a su padre abba (papá) y eso lo quiere nuestro Padre Dios de nosotros. Jesús le llama a su Padre celestial con esa palabra abba (papá) en (Mc 14,36). San Pablo nos dice: *Ustedes no han recibido un espíritu de esclavitud, sino un espíritu de hijos adoptivos que nos hace llamar a Dios abba, es decir papá* (Rom 8, 15-17). Y lo mismo en (Gálatas 4, 4-7).

Cuando en el Evangelio se presenta el joven rico a Jesús, se dice: *Jesús lo miró con cariño y le dijo: Una sola cosa te falta, vete, vende lo que tienes. Dáselo a los pobres y ven y sígueme* (Mc 10,21). Cuando se le acerca un leproso, a quien Jesús no rechaza a pesar de que tocarlo lo hacía impuro, le dijo el leproso: *“Si quieres, puedes limpiarme”*. Jesús, compadecido, (con cariño) lo tocó y le dijo: *Quiero, queda limpio* (Mc 1, 40-41). Me imagino a Jesús, cuando la mujer sirofenicia le pide la curación de su hija y le dice: *No está bien echar el pan de los hijos a los perritos* (Jesús se hace el desentendido), pero cuando la mujer le responde que también los perritos comen bajo la mesa las migajas de los niños, entonces Jesús se emociona y le dice con cariño: *por lo que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija* (Mc 7, 24-29).

Por eso, no es de extrañar que Dios nos diga a cada uno: *Te he amado desde toda la eternidad* (Jer 31,3). *Nunca se apartará de ti mi amor* (Is 54, 8-10). *Tú eres a mis ojos de gran precio, de gran estima y yo te amo* (Is 43,4).

Tengamos en cuenta y no olvidemos nunca que Dios nos ama infinitamente y nos trata como a hijos queridos: *Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy* (Sal 2,8), como si dijera: Cada día te doy la vida y cada día renuevo mi amor por ti como Padre y tú sigues siendo mi hijo querido.

